7130

BIBLIOTECA DE AUTORES CELEBRES

GERHART HAUPTMANN

MIGUEL KRAMER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR MANUEL PEDROSO

Obra inédita en castellano.

MADRID
EDITORIAL-AMÉRICA
Martín de los Heros, 83.

13

EDITORIAL AMÉRICA

DIRECTOR PROPIETARIO: D. R. BLANCO-FOMBONA

Ultimos libros publicados.

DOSTOIEVSKY (F.).—*Nietotchka-Nezvanova.* (Novela.)—Versión castellana c César A. Comet.—4,70 pesetas.

STENDHAL.—*Roma, Nápoles y Florencia.*—Versión castellana de Pedro-Em lio Coll y R. Cansinos-Assens.—Tres tomos: el primero, 3,35 pesetas; el segu do, 4,10; el tercero, 4,10.

SCHNITZLER (A.).—*La flauta pastoril.* (Novelas.)—Versión castellana de Ber Halpern.—3,20 pesetas.

PANE (Ignacio A.).—*Apuntes de Sociología.*—4,90 pesetas.

VIGNY (A. DE).—*Diario de un poeta.*—Versión castellana de César A. Comet.- 4,10 pesetas.

GUTIÉRREZ NÁJERA.—*Sus mejores poesías.*—4,50 pesetas.

CALLE (M. J.).—*Leyendas históricas de América.*—4,60 pesetas.

OLIVERO (F.).—*La obra de Walter Pater.* — Versión castellana de Armand A. Vasseur.—Obra inédita en castellano.—5,25 pesetas.

CANSINOS-ASSENS (R.).—*Ética y estética de los sexos.*—4,60 pesetas.

BERTRAND (L.).—*Gaspar de la Noche.* (Caprichos a la manera de Rembran y de Callot.)—Versión castellana y prólogo de José A. Luengo.—Obra inédi en castellano.—3,70 pesetas.

ROD. (E.).—*El silencio.* (Novela.)—Versión castellana de César A. Comet.—3,7 pesetas.

LAMADRID *(Memorias* del general Gregorio Araoz de).—10,20 pesetas.

DOSTOIEVSKY (F.).—*Tragedias obscuras.*—Versión castellana de R. Cansino Assens.—Obra inédita en castellano.—3,80 pesetas.

RESTIF DE LA BRETONNE.—*Amores y amoríos del señorito Nicolás.*—Versió castellana de R. Cansinos-Assens.

COYPEAU DASSOUCY (C.).—*Las aventuras burlescas.* (Novela picaresca y a tobiográfica.)—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita e castellano.—4,05 pesetas.

DÍEZ CANEDO (E.).—*Conversaciones literarias.*—4,45 pesetas.

GAYDA (V.).—*La convulsión rusa. Del zarismo al bolchevismo. El antiguo r gimen.*—Traducción española de R. Gallego Díaz, Doctor en Derecho.—4,5 pesetas.

FUGIMOTO (T.).—*En el país de las geichas. Tokyo, Kyoto, Osaka.* —Versió castellana de R. Cansinos-Assens.—3,70 pesetas.

MIGUEL KRAMER

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/miguelkramerdram4271haup

BIBLIOTECA DE AUTORES CELEBRES

GERHART HAUPTMANN

MIGUEL KRAMER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR MANUEL PEDROSO

Obra inédita en castellano.

MADRID
EDITORIAL-AMÉRICA
Martin de los Heros, 83.

ES PROPIEDAD

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

PERSONAJES

MIGUEL KRAMER, profesor en la Academia de Pintura, pintor.
LA SEÑORA KRAMER, su mujer.
MICAELA KRAMER, la hija, pintora.
ARNOLDO KRAMER, el hijo, pintor.
ERNESTO LACHMANN, pintor.
ALWINE LACHMANN, su mujer.
LIESE BAUSCH, hija del hostelero Bausch.
ASESOR SCHNABEL.....
MAESTRO DE OBRAS ZIEHEN..
VON KRAUTHEIM.....
} Parroquianos del restaurant de Bausch.
KRAUSE, bedel de la Academia.
BERTA, criada en casa de Kramer.
FRITZ, camarero en el restaurant de Bausch.

Lugar de la acción: una capital de provincia.

ACTO PRIMERO

Habitación en casa de Kramer. Mañana de invierno, alrededor de las nueve. En la mesa de la esquina, junto a la ventana grande que da al patio, está la lámpara aún encendida y el servicio del desayuno. El decorado de la habitación no es extraordinario. Micaela, muchacha interesante y morenilla, está sentada en una silla algo apartada de la mesa; fuma, y tiene un libro abierto sobre las piernas. La señora Kramer entra por la puerta del fondo ocupada en menesteres de limpieza. Es mujer de cabello blanco, por los cincuenta y seis años, inquieta y preocupada.

LA SEÑORA KRAMER

¿No acabas de marcharte, Micaela? ¿No tienes que irte ya?

MICAELA

No, madre. Aún no. La calle está aún obscura.

673131

LA SEÑORA KRAMER

No te vaya a pasar algo, Micaela.

MICAELA

Nada. Absolutamente nada.

LA SEÑORA KRAMER

De todos modos... Todo cuidado es poco...; sin eso tenemos ya bastantes disgustos.

MICAELA

Sí, madre, sí...

LA SEÑORA KRAMER

¿Qué es lo que lees? Siempre con tus lecturas...

MICAELA

¿Es que no he de leer?

LA SEÑORA KRAMER

¡Por mi parte...! Lo que me asombra es que tengas aún tranquilidad para leer.

MICAELA

Si hubiéramos de esperar a tenerla no haríamos nada.

LA SEÑORA KRAMER

¿No dijo nada papá al salir?

MICAELA

No.

LA SEÑORA KRAMER

Eso es lo peor, cuando no dice nada.

MICAELA

Sí, es verdad... A poco se me olvida: dijo que Arnoldo estuviera a las once en punto en su estudio.

LA SEÑORA KRAMER

(Cierra la puerta de la estufa y suspira al levantarse.) ¡Ah, si! ¡Dios, Dios mío!

MICAELA

¡Haz como yo, madre, no pienses en ello! No es cosa nueva. Tú ya lo conoces. Arnoldo no habrá por eso de cambiar.

LA SEÑORA KRAMER

(Se sienta al lado de la mesa y apoya la cabeza en las manos.) Pero vosotros no entendéis al muchacho. ¡No lo entendéis! ¡No lo entendéis! Y padre acabará por perderle.

MICAELA

No creo que seas justa al decir esto. Eres profundamente injusta. Papá procede lo mejor que puede con Arnoldo. Ha probado ya todos los recursos. Si tú no lo quieres comprender, tanto peor.

LA SEÑORA KRAMER

Eres la hija de tu padre... Ya se ve.

MICAELA

Hija de mi padre y tuya.

LA SEÑORA KRAMER

No, más de tu padre que mía. Pues si fueras más hija mía no te pondrías siempre del lado de tu padre.

MICAELA

No riñamos, madre. Hay que procurar ser justos, sin fijarse en qué partido se toma. Vosotros le ponéis a una en situación difícil. Podéis creerme.

LA SEÑORA KRAMER

¡Me pongo del lado de mi hijo y basta! Ya podéis vosotros hacer lo que queráis.

MICAELA

¡Cómo puede hablarse así!

LA SEÑORA KRAMER

Tú, Micaela, no eres una mujer. No eres como las mujeres son, Micaela. Hablas como un hombre. ¡Qué se tiene de una hija así!

MICAELA

Si, madre, si así soy... no tiene remedio.

LA SEÑORA KRAMER

Puedes cambiar, pero no quieres.

MICAELA

Mamá, siento tener que marcharme ya. Mamá, sé buena. ¡Oye, y no te enfades! No crees en lo que dices.

LA SEÑORA KRAMER

¡Tan verdad lo creo como estoy aquí presente! Y lo creo al pie de la letra.

MICAELA

Lo siento, madre, por todos nosotros.

LA SEÑORA KRAMER

A todos nos hace sufrir tu padre.

MICAELA

Sé buena de una vez para siempre. A mí, padre no me ha hecho nunca sufrir. Tampoco ahora. Adoro a padre, tú lo sabes muy bien. ¡Sería la más infame de las mentiras....

LA SEÑORA KRAMER

¡Siempre has de maldecir, Micaela!

MICAELA

... si dijera que me hace sufrir! No hay persona en el mundo a quien esté más agradecida.

LA SEÑORA KRAMER

¿Y a mí no?

MICAELA

No. ¡Lo siento! Lo que padre es, y lo que padre es para mí, lo puede entender mejor un ex-

traño que no vosotros; quiero decir Arnoldo y tú, madre. ¡Esta es la fatalidad! Los más allegados son los que más lejos están de padre. Estaría perdido de hallarse solo entre vosotros.

LA SEÑORA KRAMER

¡Como si yo no supiera cuántas veces te ha hecho a ti llorar padre, cuando...!

MICAELA

Sí, he llorado, y mucho. Me ha lastimado no pocas veces; pero yo me decia: aunque me lastime no es injusto conmigo, y siempre aprendía algo.

LA SEÑORA KRAMER

Que hayas aprendido o no... no te ha hecho feliz tu padre. Si tuvieras un hogar amable, un marido, hijos... y todo eso...

MICAELA

No ha sido padre quien me lo ha impedido.

LA SEÑORA KRAMER

Ahora te lamentas, como padre se lamenta, y no sacas nada de ello, más que malhumor y penas.

MICAELA

¡Ay madre! ¡Cuando oigo estas cosas creo ahogarme, ahogarme! Apenas puedes figurártelo. *(Con gran amargura.)* Si Arnoldo no fuera Arnoldo..., ¡qué contento estaría padre!

LA SEÑORA KRAMER

¡A la edad de quince años aún le pegaba!

MICAELA

No dudo el que padre sea severo, ni tampoco que se deje llevar a veces de un arrebato; ni quiero encubrirlo ni lo disculpo. Pero, madre, piensa también si Arnoldo no da motivos. Recuerda que entonces falsificó la firma de padre.

LA SEÑORA KRAMER

¡Por miedo mortal, por miedo a tu padre!

MICAELA

¡No, madre, no; esto no explica todo!

LA SEÑORA KRAMER

El muchacho está enfermo, no está bueno. ¡Es débil!

MICAELA

Es posible; pero que se conforme con ello; es su destino. Todos han tenido que dominarse para abrirse paso. En padre tiene el mejor ejemplo. Por lo demás, madre, aquí tienes veinte marcos; no puedo desprenderme de más este mes. He pagado la cuenta de colores, que importaba veintitrés marcos. Tengo que comprarme la gorra de invierno. Dos discípulos se han retrasado en el pago.

LA SEÑORA KRAMER

¡Ahí lo ves! Te afanas con ellas y luego te estafan tu mísera ganancia.

MICAELA

No, madre, no me estafan; de veras que no Una pobre muchacha jorobada, sin recurso. La Schaffer se priva de comer para reunir el dinero. *(Suena el timbre de entrada.)* Han llamado; ¿quién podrá ser?

LA SEÑORA KRAMER

No sé. Apagaré la lámpara. Quisiera estar en cualquier otra parte. *(Berta pasa por el cuarto.)*

MICAELA

Pregunte usted el nombre, Berta.

LA SEÑORA KRAMER

¿Duerme aún el señorito?

BERTA

Aún no se ha acostado. *(Sale.)*

MICAELA

¡Pero quién podrá ser, mamá! *(Vuelve Berta.)*

BERTA

El pintor Lachmann con su mujer. Ha estado con el señor profesor en la Academia.

MICAELA

Papá no es profesor, ya lo sabe usted muy bien: quiere que se le llame señor Kramer, sencillamente. *(Se dirige hacia la salida.)*

LA SEÑORA KRAMER

Espera un momento, quiero poner un poco de orden. Pronto, Berta. Saldré dentro de un rato. *(Sale llevando con Berta parte del servicio del desayuno.)*

(Se oyen los ecos de los saludos. A poco entran el pintor Ernesto Lachmann, su mujer, Alwine; y por último Micaela. Lachmann de chistera, abrigo y bastón; ella con gorra de plumas obscura, boa de plumas, etc. Las prendas de ambos gastadas.)

MICAELA

¿De dónde vienes? ¿Qué haces aquí?

LACHMANN

(Presentándolas.) Alwine, Micaela Kramer.

ALWINE

(Muy sorprendida.) ¿Cómo? ¿Es posible? ¿Es usted?

MICAELA

¿Se asombra usted?

LA SEÑORA LACHMANN

Sí, francamente, sí. Un poco. Me la había figurado a usted muy distinta.

MICAELA

¿Aún más vieja? ¿Con más arrugas que las que tengo?

LA SEÑORA LACHMANN

(Apresurada.) No, francamente, todo lo contrario. *(Micaela y Lachmann sueltan la carcajada.)*

LACHMANN

¡Buenas cosas dirás! ¡Ya empiezas bien!

LA SEÑORA LACHMANN

¿Cómo? ¿He dicho algo malo?

LACHMANN

¿Cómo sigue tu padre, Micaela?

MICAELA

Bien. Poco más o menos, como siempre. Apenas le encontrarás cambiado. Pero haz el favor, toma asiento. Señora, haga usted el favor. Ten-

drá usted que dispensarnos. ¡Hay aquí un desorden! *(Se sientan alrededor de la mesa.)* ¿Fumas? *(Ofrece cigarrillos.)* ¿O lo has dejado? Perdone usted que haya llenado esto de humo. No es muy femenino; pero desgraciadamente... lo he sabido demasiado tarde. Usted no fuma, ¿no? ¿Tampoco le molesta a usted?

LA SEÑORA LACHMANN

(Haciendo signos negativos.) Ernesto se pasa el día fumando.

LACHMANN

(Tomando un cigarrillo de la pitillera de Micaela.) ¡Gracias! Tú no entiendes de esto.

LA SEÑORA LACHMANN

¿Qué es lo que hay que entender, Ernesto?

LACHMANN

Mucho, querida Alwine, mucho.

LA SEÑORA LACHMANN

¿Cómo? ¿Cómo?

MICAELA

Se habla mucho mejor fumando.

LA SEÑORA LACHMANN

Pues entonces hago bien en no fumar, señorita; ya sin eso charlo demasiado.

LACHMANN

Depende de lo que se hable.

LA SEÑORA LACHMANN

Tú dices también muchas veces tonterías, querido Ernesto.

LACHMANN

(Desviando la conversación.) Sí. ¿Qué quería decir? ¡Ah, sí! ¿Tu padre sigue bien...? Me alegro.

MICAELA

Sí; como te decía, sigue igual que siempre. Igual, en suma. ¿Has venido a ver a tu madre?

LA SEÑORA LACHMANN

(Parlanchina.) Quería echar un vistazo por aquí. Ver si aquí podía conseguirse algo. En Berlín es imposible. ¿No hay aquí algo que hacer, señorita?

MICAELA

¿El qué? No sé... ¿Qué quiere usted decir...?

LA SEÑORA LACHMANN

Bueno. Usted, a lo que creo, ha fundado una escuela. ¿No le produce a usted mucho?

LACHMANN

¡Tú, avisa cuando acabes!

MICAELA

¿Mi escuela de pintura? ¡Algo! Sí. No mucho;

pero siempre algo. *(A Lachmann.)* ¿Quieres hacerme la competencia?

LA SEÑORA LACHMANN

¡Dios nos libre! ¡Qué se figura usted! No sería mi marido capaz de eso. Pero el hombre ha de hacer algo. Tiene que comer y beber, ¿no es cierto? Mi marido...

LACHMANN

¡Mi marido! ¡No soy tu marido! Es una palabra que me pone nervioso.

LA SEÑORA LACHMANN

¿Ha oído usted una cosa semejante?

LACHMANN

¡Me llamo Ernesto, Alwine! Apúntalo. Puedes decir: mi cogedor; puedes decir: mi cafetera, mis postizos; pero no mi marido: ¡la esclavitud está abolida!

LA SEÑORA LACHMANN

¡Pero chuchi...!

LACHMANN

Otro nombre de perro.

LA SEÑORA LACHMANN

¡Ve usted qué hombre! Le doy a usted un buen consejo: no se case usted por nada. Las solteronas están mejor. *(Micaela se ríe a carcajadas.)*

LACHMANN

Bueno, Alwine; basta ya. Me harás el favor de coger tu boa y esperarme en cualquier parte. ¿Has entendido? Si no, no tiene objeto. Coge tu boa y espérame en casa de tu madre, o en el café de enfrente, donde iré a recogerte.

LA SEÑORA LACHMANN

¡Ha visto usted! Así se trata a una mujer. ¡No se puede abrir la boca, Dios mío!

LACHMANN

No es tampoco necesario que abras la boca, pues siempre sueltas una tontería.

LA SEÑORA LACHMANN

Es verdad, que no soy tan lista como tú.

LACHMANN

¡Concedido! ¡Concedido todo lo que digas!

MICAELA

Pero señora Lachmann, ¡quédese usted!

LA SEÑORA LACHMANN

¡Por nada del mundo! ¿Qué se figura usted? No tiene usted que compadecerme. Ya se me escapa otra vez. ¡Adiós! En la esquina hay una pastelería. Allí te espero, chuchi, ¿has entendido? ¡Allá vendrás! *(Sale acompañada por Micaela.)*

LACHMANN

No vuelvas a comer trece pasteles. *(Micaela entra.)*

MICAELA

¡Las solteronas son mejor...! ¡Es un poco particular!

LACHMANN

Habla un batiburrillo...

MICAELA

(Volviéndose a sentar.) Pero tú procedes de un modo sumario. No todas te aguantarían, Lachmann.

LACHMANN

¡Micaela, si es que me aplasta! Quería conocerte, y nada más. Si no, no la hubiera traído. ¿Y cómo te va a ti?

MICAELA

Bien, gracias; ¿y a ti?

LACHMANN

¡Lo mismo; bien! ¡Así..., así!

MICAELA

Igual a mí... Pero ya tienes canas en las sienes.

LACHMANN

Es el asno que se muestra. *(Los dos ríen.)*

MICAELA

¿Quieres establecerte aquí?

LACHMANN

Ni soñarlo. Fantasea, y luego asegura muy seriamente que es idea mía. *(Pausa.)* ¿Y tu hermano?

MICAELA

Bien, gracias.

LACHMANN

¿Pinta mucho?

MICAELA

Todo lo contrario.

LACHMANN

¿Qué hace entonces?

MICAELA

Vaguear. ¿Qué otra cosa podría hacer?

LACHMANN

¿Por qué no siguió en Munich? Allí hizo varias cosas.

MICAELA

¿Crees tú a Arnoldo capaz de algo?

LACHMANN

¿Cómo? No te entiendo. No creo que sea un problema.

MICAELA

¡Bueno, pues si tiene talento... no se lo merece! Y para hablar de otra cosa... Padre ha pregunta-

do muchas veces por ti. Se alegrará de verte. Y aparte de mi persona, naturalmente, me alegro por mi padre de que hayas vuelto por aquí. Es posible que le venga bien una nueva impresión.

LACHMANN

Yo también la necesito. Acaso más que él. Y aparte del gusto de verte, lo que aquí me ha traído exclusivamente, lo otro podía esperar, ha sido el deseo de estar con él. Claro que también quisiera ver su cuadro.

MICAELA

¿Quién te ha hablado del cuadro?

LACHMANN

Se dice que el Museo lo ha comprado.

MICAELA

Aquí estuvo el director, Muring; pero no sé si lo ha comprado. Papá es tan meticuloso. No lo creo. Querría antes terminarlo por completo.

LACHMANN

¿Has visto tú el cuadro? Naturalmente...

MICAELA

Lo vi hace dos años. No puedo juzgar exactamente. Papá trabaja en él desde hace mucho. *(Pausa.)*

LACHMANN

¿Crees tú que me lo enseñará? ¡No sé, pero tengo el presentimiento que ha de ser una obra extraordinaria! No puedo menos de creerlo. ¡He conocido a muchas gentes, pero no he sentido deseos de profundizar en el alma de ninguna de ellas! ¡Y si no estoy del todo hundido, pues realmente me mantengo a flote, es a tu padre a quien se lo debo; no se olvidan nunca las cosas que le ha dicho a uno, ni cómo se las ha dicho. ¡No hay ya maestros como él! Yo te aseguro que aquel en quien tu padre haya influído, no será nunca vulgar en la vida.

MICAELA

¡Así debiera pensarse, Lachmann! ¡Si, si...!

LACHMANN

¡Le revuelve a uno hasta lo más interno! De mucho se aprende esto y lo otro; también he tropezado con otras personas apreciables, pero nunca podía olvidar a tu padre, y todas las demás gentes se desvanecían al compararlos con él. ¡Nos ha removido tanto a sus discípulos, nos ha transformado de tal modo, y sacudido nuestra pequeña alma burguesa! ¡Estamos preparados para toda la vida! Por ejemplo: quien haya apreciado su seriedad, su seriedad inconmovible respecto al arte, a ese le parecerá frívolo... todo lo demás.

MICAELA

¿Lo ves...? La gran seriedad de padre, que tú dices sentir en la sangre, se ha convertido en mi mayor bien! ¡Impresiona al más insustancial, pero a Arnoldo no! No ejerce sobre él influen-

cia alguna. *(Se levanta.)* Tengo que ir a corregir a mis discípulos. ¿Te ríes, Lachmann? Piensas que yo misma no sé, y, sin embargo, me atrevo a corregir.

LACHMANN

¡Eres hija de tu padre! No quisiera yo tener que luchar con señoritas que pintan. ¡Ha de ser terrible!

MICAELA

De todos modos, puede hacerse algo. Se esfuerzan honradamente. ¿Qué más puede pedirse, si llegan a producir una obra? En los trabajos ya se consiguen progresos. Por lo demás, me sucede lo mismo que a padre. Me divierte ejercer una influencia sobre las gentes. ¡Los discípulos le rejuvenecen a uno, Lachmann! Y ya me va haciendo falta. *(Abre la puerta y dice dirigiéndose al interior.)* ¡Adiós, mamá! Nos vamos.

LA VOZ DE ARNOLDO

(Imitándola.) ¡Adiós, mamá! Nos vamos.

LACHMANN

¿Quién es?

MICAELA

Es Arnoldo. No hace otra cosa. No puede ser más amable. Vamos. *(Salen Lachmann y Micaela.)*

Entra Arnoldo. Es un muchacho feo, ojos negros brillantes, que relucen bajo las gafas; cabello obscuro y fina barba incipiente. De ademán torpe, algo encorvado. Su cutis es de un sucio pálido. Se arrastra en zapatillas hasta delante del espejo; lleva sólo pantalones y chaqueta. Se quita las gafas y contempla, haciendo muecas, los granos de su cutis. Todo él hace una impresión de suciedad. Vuelve Micaela.

MICAELA

(Asustándose ligeramente.) ¡Ah, Arnoldo! He olvidado mi paraguas... ¡No sabes que Lachmann ha venido!

ARNOLDO

(Con gesto despectivo.) ¡No me importa ese tipo ni tres cominos!

MICAELA

Dime, ¿qué es lo que te ha hecho?

ARNOLDO

Me ha enseñado una vez sus adefesios.

MICAELA

(Encogiéndose de hombros.) No te olvides de ir a las once a ver a padre. *(Arnoldo se tapa los oídos.)* Dime, Arnoldo, ¿te parece a ti esto bien?

ARNOLDO

Sí, muy bien; pero mejor harías en prestarme un marco.

MICAELA

Y por qué no. Lo único que tengo que reprocharte es que yo...

ARNOLDO

Apártate, Micaela... Aléjate... Ya conozco vuestras latas.

Micaela quiere reprenderle, pero se encoge de hombros y sale. Arnoldo olfatea la mesa del desayuno y come un terrón de azúcar y acaricia distraídamente a su madre, que acaba de entrar. ¡Luego vuelve a mirarse al espejo.

LA SEÑORA KRAMER

(Secándose las manos en el delantal. Se sienta en una silla cualquiera, dejándose caer y suspira hondamente.) ¡Ay, Dios mío!

ARNOLDO

(Se vuelve, colocándose las gafas en la punta de la nariz, se encoge de hombros, manteniéndose en la correspondiente actitud.) ¿Mamá, no parezco un marabú?

LA SEÑORA KRAMER

¡Ay, Arnoldo; que no tengo ganas de bromas! ¡No puedo reírme con tus tonterías! ¿Quién te abrió esta noche pasada?

ARNOLDO

(Imitando con su postura la cómica gravedad del marabú.) Padre.

LA SEÑORA KRAMER

¿Bajó los tres pisos?

ARNOLDO

(Siempre más cómico, guiñando los ojos por encima de las gafas.) ¡Sí!

LA SEÑORA KRAMER

¡No, Arnoldo! Me enojas. Acaba ya con esa majadería. ¿No puedes ser serio ni un momento? Sé razonable. ¡Cuéntame lo que te dijo papá!

ARNOLDO

¡Todo os enfada a vosotros! También me enfadáis vosotros, y además sois groseros.

LA SEÑORA KRAMER

¿Estaba padre muy enfadado cuando te abrió? *(Arnoldo no hace caso.)* ¿Qué te dijo?

ARNOLDO

Nada.

LA SEÑORA KRAMER

(Acercándose cariñosa a él.) Arnoldo, corrígete. Hazlo por mí. Empieza otra vida.

ARNOLDO

¿Pues qué vida llevo?

LA SEÑORA KRAMER

¡Muy mala! ¡Una vida de pereza! ¡Pasas las noches fuera de casa...! Vagueas... ¡Llevas una vida terrible, Arnoldo!

ARNOLDO

No te finjas asustada, madre. Quisiera saber qué es lo que tú te figuras.

LA SEÑORA KRAMER

No se puede menos de reconocer que te conduces muy bien con tu madre.

ARNOLDO

¡Pues haced el favor de dejarme en paz! ¡A qué me estáis siempre sermoneando! ¡Es para perder el juicio!

LA SEÑORA KRAMER

¿A eso llamas sermonear, Arnoldo, cuando por tu bien se te habla? ¿No tiene tu madre que acercarse a ti...? Arnoldo, Arnoldo, no peques contra ti mismo.

ARNOLDO

¡Madre, de nada sirve! ¡De nada sirve el regañar! ¡Además, tengo un terrible dolor de cabeza! Dame un poco de dinero, y ya veré cómo salgo adelante...

LA SEÑORA KRAMER

¡Ah! ¡Para que acabes de perderte por completo! *(Pausa.)*

ARNOLDO

¡Qué panecillo! ¡Está duro como una piedra!

LA SEÑORA KRAMER

¡Levántate a tiempo, y comerás pan fresco!

ARNOLDO

(Bostezando.) ¡Qué largo y aburrido es el día!

LA SEÑORA KRAMER

¡No tiene nada de extraño, por la vida que llevas! Duerme toda la noche, y te sentirás animado durante el día... ¡Arnoldo, así no te dejo salir! Puedes decirme lo que quieras. No puedo presenciar más este espectáculo. *(Arnoldo se ha sentado a la mesa y se sirve café.)* Haz las muecas que quieras, ¡tengo que seguir tus pasos! ¡A ti te pasa algo! ¡Te conozco muy bien! Tienes algo que a mí me ahoga y preocupa. Crees tú que no te he oído suspirar? ¡Siempre estás suspirando sin darte cuenta!

ARNOLDO

¡Ay, Dios mío! El espionaje. ¡Por Satanás! ¡Se lleva la cuenta de las veces que se estornuda, que

se escupe, que se suspira y todo lo demás! ¡Es para acabar con la paciencia!

LA SEÑORA KRAMER

Di lo que quieras. Me es igual. Sé lo que sé y esto me basta. Hay algo, Arnoldo, que pesa sobre ti. Se te nota ahora mismo, en tu intranquilidad. ¡Siempre has sido algo intranquilo, pero no como ahora! ¡Me doy perfecta cuenta!

ARNOLDO

(Dando un puñetazo sobre la mesa.) Madre déjame en paz, ¿oyes? ¡Si no acabaréis por echarme del templo... ¿Qué os importa lo que hago, madre? Ya he salido de la infancia, y lo que quiero callarme no lo digo. Estoy ya harto de malos tratos. Bastante tiempo me habéis maltratado. Gracias por vuestro apoyo. No podéis ayudarme, os lo digo.

LA SEÑORA KRAMER

(Llorando desolada.) Arnoldo, ¿qué has hecho

de malo? ¡Dios misericordioso, Arnoldo! Por Dios, Arnoldo, ¿qué has hecho?

ARNOLDO

He asesinado a un viejo judío.

LA SEÑORA KRAMER

¡No te burles! ¡No te burles de mí! ¡Dime lo que has hecho! Ya sé que no eres malo, pero a veces eres rencoroso y colérico. ¡Y quién sabe lo que puedes haber hecho si obraste en cólera y rencor!

ARNOLDO

Tranquilízate, mamá. ¡No he matado a ningún judío! Ni siquiera vendido una papeleta de empeño falsificada, a pesar de hacerme mucha falta un poco de dinero.

LA SEÑORA KRAMER

Insisto en que nos ocultas algo. ¡No eres capaz de mirar cara a cara! Siempre has sido algo adus-

to, pero ahora—tú no te das cuenta, Arnoldo—¡es como si estuvieras marcado por un estigma! ¿Bebes? Antes no podías sufrir la cerveza. ¿Bebes ahora para ahogar tus sentimientos, Arnoldo?

ARNOLDO

¡Un estigma! ¡Un estigma! ¿Y qué más? Por mi parte, podéis decir todo lo que queráis. ¡Estoy marcado por un estigma, tienes razón, pero soy, al parecer, inocente!

LA SEÑORA KRAMER

¡Siempre hieres a tu alrededor con mandobles y llegas a veces al fondo del corazón! Hemos hecho ya todo lo posible. ¡Que tú seas como eres...! ¡Hay que soportarte!

ARNOLDO

¡Pues entonces, hacedme el favor de aguantaros! *(Pausa).*

LA SEÑORA KRAMER

¡Arnoldo, escucha, no calles! Dime lo que tie-

nes. ¡Ha de penar uno de noche y día! No sabes las vueltas que da papá. Desde hace noches, muchas no duermo. Líbranos de esta pesadilla, hijo. Acaso lo conseguirás con una palabra noble. ¡Eres enfermizo, ya lo sé!

ARNOLDO

¡Acabarás, madre! Si no, dormiré en el estudio, quiero decir, en mi pajar, y preferiré helarme. Sí; hay algo. ¡Pues bien! ¡No lo niego! ¿Pero he de gritar por eso? Lo único que se conseguiría es empeorar la situación.

LA SEÑORA KRAMER

¡Arnoldo, estás...! ¿Es siempre lo mismo? ¡Hace unas semanas que te traicionaste! Luego has tratado de encubrirlo. ¿Es siempre esa historia con la muchacha, Arnoldo?

ARNOLDO

¿Estás loca, madre?

LA SEÑORA KRAMER

Hijo, no nos causes además esta pena. ¡No te metas en historias de amores! ¡Si das tu corazón a una mujer así, lo arrastrará por todos los barrizales! ¡Bien sé lo fuerte que es la tentación! Hay cepos a cada paso. Se oye la canalla al pasar. ¡Y la policía lo tolera! ¡Si no haces caso a tu madre, ya experimentarás las consecuencias! A diario se cometen crímenes.

ARNOLDO

No habrá quien me toque *(Metiendo la mano en el bolsillo.)* ¡Estoy preparado a todo!

LA SEÑORA KRAMER

¿Qué quieres decir?

ARNOLDO

Que estoy preparado a todo. ¡Gracias a Dios que hoy día hay medios bastantes!

LA SEÑORA KRAMER

¡No te repugna ya el oír desde fuera el golpear del piano y ver la linterna roja, oler el asqueroso vaho! ¡Arnoldo, cuando pienso que pasas tus noches allí... quiero decir, en esos infiernos, preferiría morirme!

ARNOLDO

Quisiera, madre, que hubiera pasado ya el día. Me entontecéis, me zumban los oídos. ¡He de dominarme para no trepar hasta el tejado! ¡Me compraré un costal y os llevaré siempre a todos a cuestas!

LA SEÑORA KRAMER

¡Está bien; pero te digo que esta noche no saldrás de casa!

ARNOLDO

¡No! ¡Pues entonces, mamá, saldré en seguida!

LA SEÑORA KRAMER

Irás a las once al estudio de papá, y volverás en seguida aquí.

ARNOLDO

¡No pienso! ¡No me da la gana!

LA SEÑORA KRAMER

¿Pues adónde irás, entonces?

ARNOLDO

Aún no lo sé.

LA SEÑORA KRAMER

¿No almorzarás con nosotros?

ARNOLDO

¿En la misma mesa, para ver vuestras caras? ¡No! ¡Que me quedo sin almorzar, mamá!

LA SEÑORA KRAMER

¿Y pasarás también la noche fuera de casa?

ARNOLDO

¡Hago y dejo de hacer lo que se me antoja!

LA SEÑORA KRAMER

¡Bien, hijo, pues entonces hemos acabado! ¡Ya me enteraré yo! No descansaré hasta enterarme, puedes estar seguro. ¡Y si descubro que se trata de una mujerzuela de esa clase, te juro, y Dios es testigo, que la entrego a la policía!

ARNOLDO

No, madre, es mejor que no hagas nada.

LA SEÑORA KRAMER

¡Se lo diré a padre! ¡Padre sabrá hacerte volver a la razón! ¡Lo que te digo es que papá sufre tanto, que está desconocido!

ARNOLDO

¡Lo único que yo puedo decirte es que no te metas en nada! Si padre me atruena con moral, ya lo sabes, me tapo los oídos. ¡No me causáis efecto! ¡Dios mío, sí! ¡Me sois tan extraños...! Dime, ¿dónde me hallo?

LA SEÑORA KRAMER

¿Cómo?

ARNOLDO

¿En dónde me hallo, madre? ¿Micaela, padre, tú, que os proponéis? ¿Qué queréis de mí? ¿Qué os importo en el fondo?

LA SEÑORA KRAMER

¿Cómo? ¿Qué dices?

ARNOLDO

Sí, ¿qué? ¿Qué queréis?

LA SEÑORA KRAMER

¿Qué palabras subversivas son esas?

ARNOLDO

¡Sí, subversivas! ¡Pero son verdad, madre, verdad! ¡No mentira! ¡No podéis ayudarme, os

lo digo! ¡Y si me cargáis demasiado, os diré que algo grave puede ocurrir, mamá, algo que os obligue a todos a poner una cara muy triste! ¡Entonces descansará el alma!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

KRAMER

(A Lachmann.) Ya ve usted, aquí siempre a vueltas. *(A Krause.)* ¡Listo! Salude usted al director de mi parte. *(Se levanta, recoge los papeles, que entrega al bedel y pone en orden la mesa.)* ¿Está usted contemplando mis álamos?

LACHMANN

(Que estaba examinando las planchas de cobre, se incorpora algo sorprendido.) ¡Perdone usted!

KRAUSE

Buenos días, señor Kramer. Buenos días, señor Lachmann.

KRAMER

Con Dios. *(Sale Krause.)* Hace cinco años que me visitó Böcklin. Sepa usted que de pie ante esta ventana no se cansaba de mirar.

LACHMANN

La alameda es maravillosa, en efecto. Ya antes me hacía impresión, hace años, cuando por primera vez vine aquí. Los árboles se yerguen tan dignos en hilera. La escuela hace el efecto de un templo.

KRAMER

Pero puede uno equivocarse.

LACHMANN

Pero sólo en parte. No sabía que Böcklin hubiera estado aquí.

KRAMER

Entonces se les ocurrió la idea de encargar a Böcklin los frescos de la escalera del museo pro-

vincial, pero luego los ha pintado un profesor cualquiera. Se cometen muchas fechorías.

LACHMANN

De esta clase muchas.

KRAMER

Pero oiga usted, siempre sucedió lo mismo. Pero ahora da más lástima. Figúrese usted qué tesoros podían reunirse en nuestra época con lo que se despilfarra en la nación. Así los mejores tienen que permanecer postergados. *(Lachmann ha cogido un agua fuerte y Kramer prosigue refiriéndose a ella.)* Es una hoja para mi obra de modelos. La plancha no ha sido bien tratada. Tampoco he logrado lo que quería. He de volver a empezar.

LACHMANN

También yo he intentado grabar, pero he tenido que dejarlo en seguida.

KRAMER

¿En qué ha trabajado usted, Lachmann?

LACHMANN

Retratos y paisaje. Un poco de todo. Pero, por desgracia, sin que saliera nada de particular.

KRAMER

Trabajar siempre, trabajar, trabajar, Lachman. Oiga usted, tenemos que trabajar, Lachmann. Si no, somos cadáveres errantes. Mire usted una vida de trabajo como la de Böcklin, lo que un hombre así trabaja. Así es como se hace algo. No sólo lo que pinta, sino toda su persona. ¡Sépalo usted, Lachman, el trabajo es la vida!

LACHMANN

Estoy plenamente convencido.

KRAMER

Yo sin trabajo soy un desgraciado. Sólo trabajando soy algo.

LACHMANN

Yo, por desgracia, pierdo mucho tiempo y no llego a hacer nada.

KRAMER

¿Cómo? ¿Cómo?

LACHMANN

Porque tengo otras cosas que hacer; un trabajo que propiamente no es trabajo.

KRAMER

¿Cómo se comprende eso?

LACHMANN

Yo antes era pintor y no otra cosa; pero ahora me veo obligado a emborronar cuartillas.

KRAMER

¿Qué quiere usted decir?

LACHMANN

Escribo en periódicos.

KRAMER

¡Ah!

LACHMANN

O dicho con otras palabras, señor Kramer, invierto la mayor parte del tiempo en ganar escribiendo un pedazo de pan seco, pues para untarlo de manteca no es bastante lo que se gana. ¡Pero cuando se tiene mujer y descendencia...!

KRAMER

Un hombre tiene que constituirse una familia. ¡Está bien, así debe de ser! ¡Y por lo que hace a su escribir, escriba usted a conciencia! ¡Tiene usted un sentido de honradez, sabe usted, y puede usted lograr mucho!

LACHMANN

Pero todo no es más que una labor de Sísifo.

¡No se influye en nada sobre el público! Lo único que se hace es dar diariamente vueltas a la peña de Sísifo.

KRAMER

Pero dígame usted, ¿qué seríamos sin eso?

LACHMANN

Pero se acaba sacrificando su propia personalidad. Y si ya con la pintura no ha logrado uno abrirse paso...

KRAMER

Siga usted, es igual completamente. Si mi hijo hubiera nacido zapatero y fuera un buen zapatero, le respetaría lo mismo. ¿Tiene usted hijos?

LACHMANN

Uno. Un hijo.

KRAMER

¡Vea usted! Pues ya ha hecho usted algo; nadie puede hacer nada mejor. ¡Le debe a usted ir

como sobre ruedas con sus artículos! ¿No es cierto, Lachmann?

LACHMANN

No puedo precisamente afirmarlo, señor Kramer.

KRAMER

Deberes, deberes. Es lo principal. Es lo que hace hombre al hombre, óigalo usted. Darse cuenta de la seriedad de la vida y después elevarse sobre ella.

LACHMANN

Lo cual en muchos casos no es fácil.

KRAMER

Pero, oiga usted, es que tiene que ser difícil. Así se prueba lo que uno es. Así un hombre demuestra que es un hombre. ¡Los danzantes de hoy día creen que el mundo es un burdel! El hombre tiene que darse cuenta de sus deberes.

LACHMANN

Pero también hay deberes para consigo mismo.

KRAMER

Sí, vea usted, tiene usted razón; pero el que reconoce los deberes para consigo mismo, reconoce los que tiene para los demás. ¿Qué edad tiene su hijo de usted?

LACHMANN

Tres años, señor Kramer.

KRAMER

Escuche usted... ¡cuando mi hijo vino al mundo... me había metido eso en la cabeza! ¡Catorce años esperé hasta que mi mujer le dió vida! Entonces temblé, sabe usted. Me retiré con él, sabe usted, como si estuviese solo ante Dios. No sabía lo que era un hijo. ¡Por Dios, que lo he sabido! Pensaba: yo no soy nada; pero él será. ¡Yo no, acaso tú lo serás! *(Con amargura.)* ¡Mi hijo no

sirve para nada; pero vea usted, Lachmann, volvería siempre a obrar lo mismo!

LACHMANN

¡Pero, señor Kramer, de seguro que su hijo no es como usted dice!

KRAMER

¡Oiga usted, déjelo usted estar; es un bribón y nada más! ¡Pero es mejor que no hablemos del asunto! ¡Le he de decir a usted, Lachmann, que es el gusano que acaba con mi vida, que me roe las entrañas. ¡Dejémoslo estar!

LACHMANN

Todo cambiará con el tiempo.

KRAMER

(Siempre con mayor amargura y vivacidad.) No cambiará, no cambiará. No tiene nada bueno. Está corrompido hasta la medula. No puede cambiar, no cambiará. Escuche usted; puedo per-

donarlo todo, pero no puedo perdonar una villanía. ¡Un alma baja me repugna, y vea usted, su alma es baja, cobarde y baja; esto me repugna! *(Se acerca a un sencillo armario de pared.)* ¡Ah, y sepa usted que el maldito tiene un talento a poner los pelos de punta! ¡Lo que para uno de nosotros necesita preocupación noche y día, él lo resuelve de un golpe! Es verdaderamente una lástima. ¡Cuando se pone, hace algo! Lo que hace tiene pies y cabeza. ¡Ve usted, que se pusiera a ello, esto es lo que haría falta! ¡Es para llorar de pena! *(Se pasea por el cuarto mientras que Lachmann sigue viendo los bocetos y estudios. Llaman.)* ¡Adelante!

Entra Micaela, en traje de calle.

MICAELA

Padre, vengo sólo a buscar a Lachmann.

KRAMER

(Mirándola por encima de las gafas.) ¿Cómo dejas plantada la escuela?

MICAELA

Vengo de allí de corregir. Lachmann, he encontrado a tu mujer, que dice no quiere echar raíces en el café y que preferirá ir a casa de tu madre. *(Lachmann y Micaela se echan a reír.)*

KRAMER

¿Por qué no la ha traído usted?

LACHMANN

No es propia para estudios.

KRAMER

¡Qué tontería! ¿Qué quiere decir? No lo entiendo.

MICAELA

(Detrás de Lachmann, viendo un estudio que éste tiene en las manos.) También he pintado yo este molino.

KRAMER

¡Eh, Eh, pero de otra manera!

MICAELA

No era esta vista.

KRAMER

Sí, sí, estoy persuadido.

MICAELA

¡No me molestas por eso! Cuando uno hace lo que puede, no es posible pedirle más.

KRAMER

Tú, muchacha, ya sabes andar sola.

MICAELA

Naturalmente que lo sé, y también sé la idea que de mí tienes.

KRAMER

¿De dónde la sacas? Si Arnoldo fuera la mitad de trabajador, y tuviera la mitad en la sesera, sería el chico todo un hombre, no podría com-

pararse contigo. Pero por lo demás, la chispa te falta a ti. Hay que tener exacta idea de uno mismo. Tú la tienes, y es tu ventaja. Por eso puede hablarse contigo. Has demostrado lo que puede la constancia, aplicación y carácter, y puedes estar contenta, Micaela. *(Saca el reloj.)* Las diez, Lachmann; ya no hay tiempo para nada. Me alegro de que haya usted venido. Tendré mucho gusto en salir luego con usted. Podemos tomar una cerveza. Ahora tengo que ir a clase, y a las once espero a mi hijo.

MICAELA

¿Padre, no querrías enseñar a Lachmann tu cuadro?

KRAMER

(Volviéndose rápidamente.) ¡No, Micaela! ¿Cómo puede ocurrírsete tal cosa?

MICAELA

Muy sencillo. Ha oído hablar de tu cuadro y me ha dicho que tendría gusto en verlo.

KRAMER

Dejadme en paz con estas cosas. Todos vienen y quieren ver mi cuadro. ¡Si queréis ver cuadros pintadlos vosotros! No se lo puedo enseñar a usted, Lachmann.

LACHMANN

¡Señor Kramer, no insisto, no...!

KRAMER

Es algo más fuerte que yo. ¡Vea usted, hace siete años que vivo con el cuadro! Primero lo vió Micaela—el chico jamás deseó verlo—, ahora vino el director Muring, y ya es mucho. ¡Sepa usted, sépalo, no es posible, no puedo. ¡Si usted tiene una querida y todos vienen a acostarse con ella... es una porquería y nada más. Se le quita a uno el gusto... ¡No, de veras, Lachmann, no puedo!

MICAELA

Padre, no entiendo la comparación. Este misterio tuyo me parece debilidad.

KRAMER

¡Piensa lo que quieras! Pero toma nota de lo que te digo. Sólo en la soledad puede hacerse algo. Lo propio, lo legítimo, profundo y fuerte, sólo nace en el retiro. El artista es siempre el verdadero solitario. Así es, y dejadme en paz.

MICAELA

¡Es lástima, padre! Lo siento. Me asombra que te atrincheres así, aun ante Lachmann. Así te privas de toda sugestión. Por lo demás, si quieres ser completamente sincero, desde que el director Muring estuvo aquí, te has reanimado, tienes que confesarlo. Después de la visita estabas muy decaído.

KRAMER

¡Nada de eso! ¡Nada! ¡Oid, no me hagáis desgraciado! ¡Tiene que ser ya algo antes de poder enseñarse! ¿Creéis que se trata de una broma? Cuando uno tiene la osadía de pintar al Dios-hombre con la corona de espinas... sabed que es

menester una vida toda... lejos del bullicio, horas de soledad..., días, años de soledad. ¡A solas con su dolor y con su Dios! Sabed que ha de purificarse uno todos los días, ¡que no ha de tener en él nada de impuro...! ¡Ved, y así viene el Espíritu Santo, cuando así se lucha y rebusca! Así puede ocurrírsele a uno algo. Entonces se siente el poder creador. Se descansa en la eternidad, y se tiene ante sí la tranquilidad y la belleza. Se contempla al Salvador. ¡Pero cuando se abren las puertas, Lachmann, todo se desvanece, todo se aleja!

LACHMANN

¡Señor Kramer, créame usted, ahora lo siento de veras!

KRAMER

¡Ah, no, Lachmann, no hay que sentirlo; cada uno se depende a sí mismo! El lugar en que estás es lugar sagrado! ¡El lugar donde se trabaja! Vosotros, los demás, os quedáis fuera, ¿entendido? Hay fuera lugar bastante para bullicio de

ferias... El arte es religión. Cuando hayas de rezar, retírate a tu capilla. ¡Fuera del templo los mercaderes! *(Echa la llave a la puerta de entrada.)*

MICAELA

¡Pero nosotros no somos mercaderes!

KRAMER

¡No lo sois! ¡Dios me libre, no lo sois; pero, sin embargo...! ¡Es más fuerte que yo...! Lo comprendo muy bien en Lachmann; quiere ver si hay algo detrás. ¡Ha oído siempre pomposas palabras y quiere ver ahora si hay algo! ¡No hay nada detrás, os lo digo! ¡Este viejo es incapaz de hacer nada! A veces se siente algo, se trabaja; pero luego se borra con la espátula lo hecho. *(Llaman.)* ¡Acaso, más tarde, Lachmann! ¡Adelante! ¡Ya no podrá hacerse nada! ¿No oís que han llamado? ¡Adelante!

MICAELA

¡Si tú mismo has cerrado la puerta, padre!

KRAMER

¿Yo? ¿Cuándo?

MICAELA

Hace un momento. ¡Ahora mismo, cuando te paseabas por el cuarto!

KRAMER

Abre y mira quién es.

MICAELA

(Abre un poco.) ¡Una mujer, papá!

KRAMER

Probablemente una modelo. ¡No me hace falta ninguna.

LIESE BAUSCH

(Desde fuera.) ¿Podría hablar con el señor profesor?

MICAELA

¿Qué desea usted?

LIESE BAUSCH

Desearía hablar con el señor profesor en persona.

MICAELA

¿Con qué profesor?

KRAMER

¡Dile que aquí no vive ningún profesor!

LIESE BAUSCH

¿No vive aquí el profesor Kramer?

KRAMER

Yo soy Kramer. Pase usted.

Liese Bausch entra, muchacha esbelta y bonita, llamativamente vestida.

LIESE BAUSCH

¡Con su permiso!

KRAMER

¡Id a vuestro museo vosotros! ¿No queríais ir al museo? ¡A las doce, Lachmann, le espero a usted! *(Acompaña a Lachmann y a Micaela hasta la puerta.)* ¿Con quién tengo el gusto? Servidor de usted.

LIESE BAUSCH

(Algo azorada pero con gran afectación.) Señor profesor, yo soy Liese Bausch. Vengo a tratar de un asunto difícil.

KRAMER

Haga el favor de sentarse. ¿Es usted modelo?

LIESE BAUSCH

¡Oh, no, señor profesor, se equivoca usted! ¡Gracias a Dios no me hace falta! ¡No, señor profesor, no soy modelo!

KRAMER

¡Y yo, gracias a Dios, tampoco soy profesor, señorita! ¿A qué debo el honor de su visita?

LIESE BAUSCH

Lo quiere usted saber así, de pronto. ¿Me permite usted reposarme un poco, pues me he sofocado? No me atrevía a subir, pero al fin tuve el valor.

KRAMER

Haga usted el favor. Cuando usted guste.

LIESE BAUSCH

(Se sienta, tose y se acaricia nuevamente el rostro a través del velo.) ¡Que se haya usted figurado tal cosa de mí! Es una suerte que Jorge no lo haya oído. ¡Mi novio está en la curia, y se indigna en seguida! ¿Tengo realmente aspecto de modelo?

KRAMER

(Corriendo una cortina.) Depende de quien la quiera pintar a usted. Según esto, todos podemos ser modelos. ¡Si usted cree que es una descalificación, podría usted muy bien equivocarse!

LIESE BAUSCH

No, sabe usted, tengo miedo. No me lo tome usted a mal, señor Kramer; he tenido miedo de usted.

KRAMER

Pero, en suma, ¿de qué se trata?

LIESE BAUSCH

Me he informado de usted, y todos me han hecho ver como si fuera usted una especie de juez severo o cosa semejante.

KRAMER

¡Muy honrado! ¿Qué desea usted? Puedo asegurarle a usted que no le pasa nada.

LIESE BAUSCH

¡Arnoldo tiene tanto miedo de usted!

KRAMER

(Asombrado y confuso.) ¿Arnoldo? ¿Quién es? ¿Cómo se llama el tipo?

LIESE BAUSCH

(Se pone en pie asustada.) ¡Cómo me mira usted, señor Kramer! Prefiero retirarme en seguida. Arnoldo tiene la misma mirada, y...

KRAMER

¿Arnoldo? ¡No conozco a esa persona!

LIESE BAUSCH

(Miedosa y aplacándole.) Señor Kramer, no importa, dejemos la cosa en paz. He venido aquí sin saberlo mis padres...; es, como decía, una cosa difícil. Prefiero no tratar de ella...

KRAMER

(Dominándose.) ¡La veo a usted hoy por primera vez! ¡Tenga usted, pues, la bondad de disculparme! Sí, un hijo mío se llama Arnoldo. ¿Se refiere usted a Arnoldo Kramer...?

LIESE BAUSCH

¡A Arnoldo Kramer me refiero...!

KRAMER

Bien... ¡Me asombra..., me asombra...! ¿Qué tiene usted que contarme...?

LIESE BAUSCH

¡Ah, que es tan tonto y que está tan loco que no me deja en paz!

KRAMER

¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

LIESE BAUSCH

¡Que siempre me pone en ridículo! No puedo, por nada del mundo, hacer que sea razonable.

KRAMER

¿Cómo? Sí, es difícil. Lo creo.

LIESE BAUSCH

Yo le digo: vete a casa, Arnoldo. ¡Como si nada! Se está toda la noche sentado.

KRAMER

¿Estuvo en su casa la noche pasada?

LIESE BAUSCH

¡No hay quien pueda moverlo de su sitio! ¡Papá lo ha intentado, mamá lo ha intentado, los señores de la tertulia lo han intentado, yo lo he intentado, pero como si nada! ¡Está sentado en un rincón y mira siempre así como usted, y hasta que el último huésped sale no se mueve de su sitio!

KRAMER

¿Su padre es hostelero?

LIESE BAUSCH

Dueño de restaurante.

KRAMER

¿Y los señores de la tertulia, quiénes son?

LIESE BAUSCH

El asesor Schnabel, el maestro de obras Ziehen, mi novio y otros señores.

KRAMER

¡Y todos se han esforzado en... ¿cómo dice usted...? en hacerle salir!

LIESE BAUSCH

Le llaman el marabú. *(Riéndose.)* ¡Es un pájaro así, sabe usted! Dicen que es igual que él. ¡Acaso porque es un poco contrahecho!

KRAMER

Sí, sí, tiene usted razón. ¿Los señores de la tertulia son muy graciosos?

LIESE BAUSCH

¡Enormemente! ¡Para morirse de risa! ¡Colosal! Arman a veces una algarabía indescriptible! Se

ríe uno las tripas, ¡le digo a usted! Arnoldo come siempre mucho pan; está en las mesas gratis, a disposición del público. Hace poco le pusieron una cesta llena, precisamente en el sitio donde acostumbra a sentarse, ¿comprende usted?, colgando desde el techo, pero sin que pudiese alcanzarse desde abajo. ¡Todo el local reventaba de risa!

KRAMER

¿Y mi hijo se sienta en la misma mesa?

LIESE BAUSCH

¡No; eso no lo consentiría mi novio! Se sienta siempre aparte. Pero como a veces saca un papel, mira de reojo, y esto no les agrada a los señores, ya se ha levantado más de uno para llamarle la atención.

KRAMER

¿Opinan los señores que no debe dibujar?

LIESE BAUSCH

Sí, porque siempre hace caricaturas. ¡No puede tolerarse, señor Kramer! Una vez me enseñó un dibujo, un perro así pequeño y muchos otros mayores; eran figuras espantosas.

KRAMER

¿Paga Arnoldo lo que consume en casa de ustedes?

LIESE BAUSCH

¡Ah sí...! Pero no vengo por eso. Debe dos, a lo sumo tres vasos de cerveza; ¡y si no fuera más que esto!

KRAMER

Es usted un alma piadosa, como suele decirse. ¡Pero si la he comprendido a usted bien, mi hijo es en casa de ustedes una especie de payaso, o alguien que allí estorba! ¡No creo tampoco equivocarme al suponer que ni los señores de la tertulia, señores muy respetables seguramente, ni el

pan ni la cerveza de su honorable señor padre son el motivo que atrae a Arnoldo a su casa de ustedes...!

LIESE BAUSCH

(Con coquetería.) ¡No es mi culpa si...!

KRAMER

No, no, seguro que no, ¡cómo podría serlo! Pero, ¿qué es lo que puedo yo hacer en el asunto?

LIESE BAUSCH

¡Señor Kramer, me asusta tanto! ¡Me acecha en las esquinas y cuando me coge no me suelta, y... tengo un presentimiento como si me fuera a hacer algo!

KRAMER

¡Eh! ¿Le ha amenazado a usted directamente alguna vez?

LIESE BAUSCH

No, eso no. No puedo decir eso. Pero, sin embargo, está en su natural. ¡Me entra súbitamente

un miedo cuando le veo, aun cuando está sentado tranquilo y meditabundo... las horas muertas y sin hablar, toda una noche! ¡Y cuando cuenta sus historias! ¡Inventa unas historias fantásticas! ¡Uy, y cuando me mira...!

KRAMER

No siente usted nada hacia él, ¿no? *(Suena el timbre.)*

LIESE BAUSCH

¡Por todos los santos, no!

KRAMER

Bien. ¿Desea usted encontrarse con Arnoldo aquí?

LIESE BAUSCH

¡No, por Dios!

KRAMER

Son las once en punto, y han llamado. A las once le he citado aquí. *(Abre una puerta lateral.)* Haga usted el favor de entrar. Puedo a usted

asegurarle que he de hacer cuanto de mí dependa. *(Liese Bausch entra en el gabinete. Kramer abre la puerta principal y deja pasar a Arnoldo. En la cara de éste luchan provocación, disgusto y miedo.)* Espérate aquí detrás, vuelvo en seguida. *(Conduce a Arnoldo detrás de la cortina. Abre la puerta del gabinete. Liese sale y le hace señas de que se calle señalando la cortina. Liese hace lo mismo y sale. Kramer permanece en pie, suspira, se lleva la mano a la frente y comienza a dar vueltas por la habitación. Se ve cómo concentra fuerzas para dominar su agitación y sus suspiros. Después de varios intentos consigue serenarse. Corre la cortina y dice.)* ¡Arnoldo, quiero hablar contigo! *(Arnoldo entra pausadamente. Lleva corbata roja y su vestir marca un intento de elegancia.)* ¡Qué endomingado estás!

ARNOLDO

¿Qué?

KRAMER

Me refiero a la corbata roja.

ARNOLDO

¿Cómo?

KRAMER

No está uno acostumbrado a verte así. Es mejor que prescindas de estas cosas, Arnoldo ¿Has acabado ya el proyecto?

ARNOLDO

¿Cuál, padre? ¡No sé nada!

KRAMER

¡Eh! ¡Cómo puedes olvidarte una cosa así! ¡Está bien! ¡Bien! ¡Si no te cuesta trabajo puedes reflexionar un poco!

ARNOLDO

¡Ah! ¿Te refieres al del ebanista?

KRAMER

Sí, sea al ebanista, sea. No importa el hombre. ¿Entonces no has hecho nada? ¡Oyeme, dime

francamente que no lo has hecho! ¡No busques disculpas! ¿Qué haces durante todo el tiempo?

ARNOLDO

(Haciéndose el extrañado.) ¡Trabajo, padre!

KRAMER

¿En qué trabajas?

ARNOLDO

¡Dibujo, pinto, lo que se dice trabajar!

KRAMER

¡Y yo que creía que malgastabas el tiempo! Me alegro de equivocarme. Por lo demás, no me preocupo ya de ti. Tienes ya edad bastante. ¡No soy tu policía! Y desearía decirte: si tienes algo que agobia tu corazón, cuéntamelo. ¡Soy, por decirlo así, tu padre! ¿Lo entiendes? Haz el favor de no olvidarlo.

ARNOLDO

¡Si no me pasa nada, padre!

KRAMER

No lo aseguro, tampoco quiero asegurarlo. He dicho: si tuvieras algo. Acaso podría ayudarte. Conozco el mundo algo mejor que tú. Para cualquier caso que se presente, sabes... Esta noche la has pasado fuera de casa. Así acabarás con tu salud..., enfermarás. Conserva la salud. ¡Un cuerpo sano, un espíritu sano! ¡Vida sana, arte sano! ¿Qué has hecho ayer en todo el día? ¡No me lo cuentes, que no me importa! ¡No quiero saber lo que tú no quieras decirme! ¡Dímelo libremente o calla!

ARNOLDO

Estuve de paseo con Alfredo Frankel.

KRAMER

¡Ah! ¿En dónde? ¿En Pirscham, o en otra parte?

ARNOLDO

No, en Scheitnig y los alrededores.

KRAMER

¿Allí estuvisteis toda la noche?

ARNOLDO

No, después estuvimos en casa de Frankel.

KRAMER

¿Hasta las cuatro de la mañana?

ARNOLDO

¡Sí, hasta eso de las cuatro! Luego dimos unos paseos por las calles.

KRAMER

¡Ah! ¡Tú y Frankel! ¿Vosotros dos solos? ¡Sois buenos amigos! ¿Y qué hacéis cuando estáis juntos mientras que las demás gentes duermen?

ARNOLDO

Fumamos y hablamos de arte.

KRAMER

¡Ah! Arnoldo, estás perdido.

ARNOLDO

¿Por qué...?

KRAMER

¡Estás perdido y corrompido hasta lo más profundo de tu ser!

ARNOLDO

No es la primera vez que me lo dices.

KRAMER

Sí, sí, he tenido que decírtelo. He tenido que decírtelo cien veces, y lo que es peor, he sentido que es verdad. Arnoldo, demuéstrame que miento; demuéstrame que soy injusto contigo. ¡Te besaré los pies!

ARNOLDO

Puedo decir lo que quiera, creo que...

KRAMER

¿Qué? ¡Que estás perdido!

ARNOLDO

(Muy pálido, se encoge de hombros.)

KRAMER

¿Y qué hacer entonces?

ARNOLDO

(Hostil y frío.) ¡Qué sé yo, padre!

KRAMER

¡Yo sí lo sé! ¡Te hundirás...! *(Recorre presuroso la habitación, se para ante la ventana, las manos cruzadas, nervioso, golpeando con los pies el suelo.)*

ARNOLDO

(Con la cara pálida y contraída, echa mano a su sombrero y se dirige hacia la puerta. Cuando tiene la mano en el picaporte se vuelve hacia Kramer.)

KRAMER

¿No tienes nada más que decirme?

ARNOLDO

(Suelta el picaporte y le dirige miradas inquisidoras con mudo ademán.)

KRAMER

Arnoldo, ¿no se conmueven tus entrañas? ¿No te das cuenta del martirio que sufrimos? ¡Dime algo! ¡Defiéndete! ¡Dime algo de hombre a hombre! Puedes hablarme de amigo a amigo. ¿Soy injusto contigo? ¡Házmelo ver! ¡Habla! ¡Puedes hablar abiertamente conmigo! ¿Por qué te esquivas? ¡Ya sabes cómo odio la cobardía! ¡Di: mi

padre es un tirano! ¡Mi padre me atormenta! ¡Es como un diablo que me persigue! ¡Di eso, y dilo francamente! ¡Dime qué tengo que hacer para corregirme! Te doy palabra de corregirme. ¿O crees tú que tengo razón en todo?

ARNOLDO

(Con gran tranquilidad e indiferencia.) ¡Por mi parte acaso tengas razón!

KRAMER

¡Bien! ¡Si esa es tu opinión! ¿Entonces no quieres tratar de corregirte? Arnoldo, te tiendo la mano. ¡Cógela, quiero ayudarte! ¡Acéptame como tu camarada, como amigo, aun en la última hora! ¡Pero Arnoldo, tu última hora ha llegado ya! ¡No te engañes, que ya está aquí! ¡Concentra tus fuerzas, domínate! ¡Te basta con querer! ¡Da el primer paso hacia el bien, que el segundo y el tercero vendrán de por sí! ¿Quieres corregirte, Arnoldo?

ARNOLDO

(Con afectada extrañeza.) ¿Pero cómo? ¿De qué?

KRAMER

¡De todo...!

ARNOLDO

(Ásperamente.) No tengo nada en contra. ¿Por qué no? No estoy muy regocijado dentro de mi pellejo.

KRAMER

No me cuesta trabajo el creerlo. Te falta la bendición del trabajo. Arnoldo, esa bendición tienes que conquistártela. Has hecho alusión a tu exterior. *(Coge la mascarilla de Beethoven.)* ¡Mira esta máscara! ¡Criatura de Dios, remueve tu interior! ¿Crees tú que éste fué hermoso? ¿Pones tu afán en ser un lechuguino? ¿O crees tú que Dios te abandona porque has nacido corto de vista y contrahecho? ¡Puedes desarrollar tanta belleza, que los petimetres sean mendi-

gos a tu lado! ¡Arnoldo, aquí tienes mi mano! ¿Lo oyes? ¡Confíate esta vez a mí! ¡No te ocultes! Sé franco conmigo. Sólo por ti mismo, Arnoldo. ¡A mí no me importa tanto saber dónde estuviste ayer, pero dímelo! ¿Lo oyes?, ¡por tu mismo bien! ¡Acaso llegarás a conocerme como yo soy en realidad. ¡Dimè, pues, dónde estuviste ayer noche!

ARNOLDO

(Después de una pausa, pálido y dominándose.) ¡Padre, ya te lo he dicho!

KRAMER

¡He olvidado lo que me dijiste! ¿Dónde estuviste? ¿Me entiendes? ¡No te lo pregunto para castigarte, sino para probar tu veracidad! ¡Muéstrate veraz!, no se trata de otra cosa.

ARNOLDO

(Retador.) ¡Te he dicho que estuve con Alfredo Frankel!

KRAMER

¿Cómo?

ARNOLDO

(Vacilante.) ¿Dónde pude haber estado?

KRAMER

¡Tú no eres hijo mío...! ¡Tú no puedes ser hijo mío! ¡Márchate! ¡Márchate! ¡Me repugnas! ¡Me repugnas...! *(Arnoldo escapa presuroso.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

ARNOLDO

(Muy pálido, golpea nervioso con el pie en el suelo, mira fijamente y dice:) Buenas tardes.

LIESE BAUSCH

(Suspira ostentativamente y se aparta.)

ARNOLDO

(Insistiendo.) Buenas tardes. *(Liese no responde.)* Bueno, pues si no quiere contestar, no conteste. No me importa. *(Sigue contemplándola con ardor y en silencio.)* ¿Por qué abre usted un chamizo al público, si luego es usted descortés con los parroquianos?

LIESE BAUSCH

No soy descortés. Déjeme usted en paz.

ARNOLDO

Le he dado a usted las buenas tardes.

LIESE BAUSCH

Y yo le he contestado a usted.

ARNOLDO

No es verdad.

LIESE BAUSCH

¿Si? Bueno. Tampoco me importa mucho. *(Pausa. Arnoldo dispara con una goma una flecha de papel hacia Liese, que despectiva se encoge de hombros.)*

ARNOLDO

¿Cree usted que eso me causa algún efecto?

LIESE BAUSCH

Creo lo que me parece bien.

ARNOLDO

Pago mi cerveza como otro cualquiera. ¿Me oye usted? No tolero esa manera. ¿O hay que venir aquí con monóculo? ¿Qué gentes vienen a este famoso establecimiento? ¿O cree usted que me infunden respeto? ¡Respeto, esos filisteos... ca!

LIESE BAUSCH

(Amenazadora.) ¡No siga usted por ese camino, mosú!

ARNOLDO

¡Ah! ¡Ah! ¡Que se les ocurra tan sólo! ¡No volverían de su asombro, ¿lo entiende usted?, si les dejara siquiera tiempo para asombrarse! *(Liese Bausch ríe.)* ¡Si uno cualquiera me toca, ¿lo entiende usted?, entonces, pam...!

LIESE BAUSCH

Arnoldo, si no suprime usted sus amenazas le denunciaré a la policía.

ARNOLDO

¿Por qué? ¡Digo si alguien me toca...! Y las bofetadas también hacen ¡pam...!

LIESE BAUSCH

No insulte usted a nuestros parroquianos.

ARNOLDO

(Contiene una risa burlona, bebe un trago y dice:) ¡Ceros a la izquierda! ¡Qué me importan a mí los ceros!

LIESE BAUSCH

¿Y usted? ¿Qué es lo que ha producido para darse tono? ¿Qué es lo que usted ha hecho hasta ahora?

ARNOLDO

Desgraciadamente no puede usted comprenderlo.

LIESE BAUSCH

¡Es muy fácil salir así del paso! Cualquiera puede decirlo. ¡Anda, haga usted algo! Y cuan-

do haya usted demostrado lo que es usted capaz de hacer, entonces podrá usted criticar a los demás. *(Pausa.)*

ARNOLDO

Liese, oiga usted. Quiero explicárselo a usted.

LIESE BAUSCH

¡Ah! ¿Para qué? Todo lo hace usted mal. El señor Quatmeyer, según usted, no es un buen jurista, el señor maestro de obras Ziehen, no es un buen maestro de obras. Es usted la pura mentira.

ARNOLDO

Al contrario, la pura verdad. Aquí puede darse tono un tipejo así de maestro de obras, que no tiene idea del arte; pero entre artistas se le consideraría como a un aprendiz de zapatero.

LIESE BAUSCH

¿Y usted sí es artista? *(Displicente.)* ¡Díos mío misericordioso!

ARNOLDO

Sí, soy artista. Cierto que soy artista. No tiene usted más que venir a mi estudio.

LIESE BAUSCH

Ya me libraré yo muy bien, señor mío.

ARNOLDO

Vaya usted a Munich, pregunte usted a los profesores, notabilidades le digo a usted..., pregunte usted si no me respetan.

LIESE BAUSCH

Es usted el que se alaba a boca llena y no el señor Ziehen.

ARNOLDO

Me tienen respeto y ellos ya saben por qué. Soy capaz de más que todos ellos juntos. Con la mano izquierda. Diez mil veces más. Sin excluir a mi propio padre.

LIESE BAUSCH

Se alaba usted a boca llena, y no el señor Ziehen. Si de verás fuera usted esa notabilidad, no presentaría usted ese aspecto.

ARNOLDO

¿Cómo?

LIESE BAUSCH

¿Cómo? Sencillamente; los pintores ganan mucho dinero.

ARNOLDO

(Con vivacidad.) ¡Dinero! ¿Es que no he ganado yo mucho dinero? Dinero a espuertas. Pregúnteselo usted tan sólo a mi padre. ¡Pregúnteselo usted, palabra!

LIESE BAUSCH

¿Pues qué hace usted con su dinero?

ARNOLDO

¿Qué hago? Espero a ser mayor de edad.

Cuando se tiene un padre tan tacaño... Liese, sea usted un poco amable.

LIESE BAUSCH

¡Fritz!

FRITZ

(Despertándose.) ¡Qué!

LIESE BAUSCH

Fritz, vaya usted a la cocina. Han llegado unas copas nuevas de champán. Creo que los señores beberán hoy champán.

FRITZ

Con mucho gusto, señorita Bausch *(Sale.)*
(Liese Bausch, sentada en el escritorio, se suelta algunas horquillas y se arregla el peinado)

ARNOLDO

Ha hecho usted eso muy bien.

LIESE BAUSCH

Piense usted lo que quiera; me es igual. *(Se vuelve de pronto y apercibe que Arnoldo la mira fijamente por encima de las gafas.)* ¡Jesús! ¡Ya me clava otra vez los ojos!

ARNOLDO

¡Liese!

LIESE BAUSCH

¡No soy Liese para usted!

ARNOLDO

¡Ah, Lisita, si fuera usted razonable! Usted, pequeña mozuela de cerveza. Hoy me siento muy triste.

LIESE BAUSCH

(Ríe entre divertida y burlona.)

ARNOLDO

(Con apasionamiento.) Ríase usted, sí, ríase usted lo que guste. Ría usted siempre. Es posible

que, en efecto, presente un aspecto ridículo. Quiero decir exteriormente, no internamente. Pues si pudiera usted contemplar mi interior, desaparecerían para usted todos los demás hombres.

LIESE BAUSCH

Arnoldo, no se excite usted. Le creo a usted, quiero creerle a usted. Pero, primero, es usted demasiado joven, y segundo, tercero, cuarto, quinto... No, no, es una locura... Criatura, sea usted juicioso. Me da usted pena. ¿Qué es lo que he de hacer yo?

ARNOLDO

Parece como si uno fuera la peste.

LIESE BAUSCH

¡Bah, tonterías! Súbase usted a la banqueta y alcánceme usted la cubeta. *(Arnoldo lo hace y suspira.)* Soy una muchacha como otras tantas... Bien. Ahora abajo... *(Le tiende la mano y salta.*

No suelta la mano de Liese, y cuando se inclina para besarla ésta la retira.) ¡No es una alhaja! Recibirá usted diez por uno, mi amor.

ARNOLDO

Liese, ¿qué quiere usted que haga por usted? Saquear, robar, hurtar. ¿Qué más?

LIESE BAUSCH

Lo que tiene usted que hacer es dejarme en paz. *(Se abre la puerta de la cervecería. Liese está atenta. Se ha transformado por completo y retirado detrás del mostrador, desde donde llama.)* Fritz, parroquia. Dese usted prisa. *(Vuelve a abrirse la puerta. Se oye en el cuarto de al lado a un grupo bullicioso.)*

ARNOLDO

Haga usted el favor de otra cerveza. Pero en el cuarto de al lado.

LIESE BAUSCH

(Con afectada extrañeza.) Señor Kramer, está usted aquí muy bien.

ARNOLDO

Sí, pero allí dentro mejor.

LIESE BAUSCH

Arnoldo, ya sabe usted que habrá de nuevo cuestión. Sea usted razonable y quédese aquí.

ARNOLDO

Por nada del mundo, señorita Bausch.

El maestro de obras Ziehen entra muy alegre.

ZIEHEN

¡Hurrah! Señorita Liese, ya está aquí la partida, la elegre y bebedora hermandad. ¿Qué hace usted? ¿Cómo la va? Su «novio». ¡Ah, perdone usted!

LIESE BAUSCH

Fritz, Fritz, ya han llegado los señores de la tertulia.

ZIEHEN

(Despuntando el cigarro en un aparato.) Fritz, cerveza, cerveza, ¡por Satanás! ¿Cómo sigue papá?

LIESE BAUSCH

Anda bien. Hemos tenido que llamar hoy dos veces al médico.

Entra el asesor Schnabel.

SCHNABEL

Señor Ziehen, jugaremos una partida de skat.

ZIEHEN

¿No queríamos comernos el ganso y beber champán?

SCHNABEL

(Alzando los brazos y bailoteando.) «Lisi, Lisi, tiene un pajarito, en su pajarera». No atormente usted a su amigo.

ZIEHEN

(Bajo, mirando a Arnoldo.) Hay que darle una pata de ganso.

SCHNABEL

(Que ha descubierto a Arnoldo. Con el mismo tono quedo.) ¡Ah! El convidado de piedra, con Rafael en el bolsillo. Haga usted el favor de traer mucho pan, Liese. Por mi parte, quiero mucho pan. Me gusta mucho el pan.

ZIEHEN

Pues habría que colgarle a usted un cesto.

Entra von Krautheim, estudiante de Derecho, pelo rizado.

VON KRAUTHEIM

¡Por Dios, Fritz, trae el bebestible!

FRITZ

Acaba de ponerse un barril, señores.

SCHNABEL

(Examina el grifo de la cerveza con su monóculo.) Por lo pronto no sale más que aire, aire, aire, nada más que aire.

ARNOLDO

(Se quita el sombrero y se dirige al cuarto de al lado.)

VON KRAUTHEIM

Cuando menos se ha adecentado. Es aire, pero cuando menos aire puro.

SCHNABEL

(Canta.) Menos mal que se retira, que se escapa.

FRITZ

Eso se cree usted; donde va es a sentarse en el mismo cuarto de los señores.

LIESE BAUSCH

(Con afectación.) Es ridículo.

ZIEHEN

¡Quedémonos en este cuarto!

VON KRAUTHEIM

Estaría bueno; para que pueda contemplarnos cualquier palurdo que venga.

Entra Quantmeyer, elegante, con monóculo.

QUANTMEYER

¡Buenas tardes! ¿Cómo te va, niña? *(Coge las manos de Liese, que le vuelve la cabeza.)* El fatal Kramer está aquí de nuevo.

SCHNABEL

¡Y por dónde se arrastra el mozo! Ayer por la mañana le he vuelto a ver. Un espectáculo... os digo... en el paseo, en un establecimiento feme-

nino, ¡y en qué estado! Cuando aquí se acaba empieza él.

QUANTMEYER

Dime, tesoro mío, ¿estás enfadada conmigo?

LIESE BAUSCH

(Se aparta de él y grita por el torno.) ¡Una chuleta para el señor asesor!

SCHNABEL

Y pan, mucho pan, no lo olvide usted. Muchísimo pan, muchísimo. *(Carcajada general.)*

FRITZ

(Con cinco jarros de cerveza.) Señores, la cerveza. *(Se dirige al cuarto de al lado; le siguen Ziehen, Schnabel y von Krautheim. Pausa.)*

QUANTMEYER

Dime, gatita, ¿por qué pones esa cara?

LIESE BAUSCH

¿Yo una cara, yo una cara? ¡Ah, qué cosas dices!

QUANTMEYER

¡Ven, animalito, no maulles! Ven, sé razonable. Pronto, dame tu boquita, pronto... y pasado mañana vuelve a verme. Pasado mañana es domingo, ¿sabes?, y los dos patronos de paseo; ni una rata en casa. Créeme. Palabra.

LIESE BAUSCH

(Defendiéndose débilmente.) ¿Estamos comprometidos o no?

QUANTMEYER

Sí, sí. ¿Cómo no habíamos de estarlo? Yo soy hombre de posición independiente. Puedo casarme cuando quiera.

LIESE BAUSCH

(Se deja besar y le acaricia suavemente en la

mejilla y se separa de él.) ¡Ah, aparta! Ya no te creo nada.

QUANTMEYER

Serpiente. ¿Cómo eres hoy tan fresca?

Se abre la mampara. Entra Micaela.

LIESE BAUSCH

¡Pst!

QUANTMEYER

¡Demonios! Qué querrá ésta aquí.

Micaela entra en el local y dirige una mirada a su alrededor. Liese Bausch, detrás del mostrador, la observa.

QUANTMEYER

(Al parecer distraído, cortando su cigarro.) Espera un poco, que ya me vengaré yo. *(Entra en el cuarto de al lado.)*

LIESE BAUSCH

(Después de una pausa.) ¿Busca usted a alguien, señorita?

MICAELA

¿Es este el restaurante Bausch?

LIESE BAUSCH

¡Sí por cierto!

MICAELA

Gracias, entonces he acertado; seguramente que vendrán los señores. *(Quiere entrar en el cuarto de al lado.)*

LIESE BAUSCH

Está ocupado por los señores de la tertulia.

MICAELA

¡Ah! Espero a un matrimonio joven. Entonces me sentaré aquí, en cualquier parte.

LIESE BAUSCH

Aquí puede usted sentarse. O allá. O mejor aquí.

MICAELA

(Sentándose en el banco junto a la pared al lado del mostrador.) Gracias. Me sentaré aquí. Fritz, un vaso de cerveza.

LIESE BAUSCH

Fritz, un vaso pequeño de cerveza. *(Se pone muy derecha; con gran compostura arregla su toilette y contempla a Micaela con gran interés. Luego dice.)* Hace mal tiempo.

MICAELA

(Quitándose los chanclos, luego el abrigo y por fin el sombrero.) Sí, pero gracias que tengo chanclos de goma. Las calles están muy mal. *(Se sienta arreglándose el pelo y se seca la cara.)*

LIESE BAUSCH

¿Desea usted un peinecillo, señorita? Puedo servirla a usted; tenga la bondad. *(Le trae un peine.)*

MICAELA

Gracias. Ya me arreglo.

Liese Bausch va hacia el mostrador y continúa observando a Micaela con interés. Fritz sirve la cerveza, luego coge una caja de cigarros, que lleva al cuarto de al lado. Sale. Se oyen risas al lado.

MICAELA

¿Se divierten mucho allí dentro?

LIESE BAUSCH

(Se encoge de hombros con un tanto de afectación.) Sí... Sí... Es así... No se les puede impedir a los señores. *(Se adelanta un poco.)* Vea usted, no me gusta mucho ese gritar y todo lo demás; pero vea usted, papá está enfermo y mamá no puede aguantar el humo, y además tiene que cuidar de papá. ¡Qué remedio me queda más que ayudar!

MICAELA

Seguramente. Es su deber de usted.

LIESE BAUSCH

Y además se es joven, ¿no es verdad? Y hay entre ellos señores muy simpáticos, verdaderamente bien educados. Se aprende mucho con el trato.

MICAELA

Cierto, naturalmente que sí.

LIESE BAUSCH

¿Pero sabe usted lo que es molesto? *(De pronto, con confianza.)* Cuando empiezan a reñir. Dios mío, entonces hay que ponerse a salvo. Que si se ha saludado a uno demasiado amablemente, que no se le debe dar la mano al otro, no rozar el brazo de un tercero, no mirar siempre al cuarto, echar al quinto. No puede obrarse a gusto de todos. ¿No es verdad...? Pero por nada se lían...

VOCES

Liese, Liese, ¿dónde se esconde usted?

LIESE BAUSCH

Me quedo con usted. No entro. Me es siempre muy desagradable. Y mi novio entre los demás señores...; diga usted misma si... no procede. Se puede hacer con él... pero, que me diga cualquiera, no con todos... No se puede.

MICAELA

Tampoco puede exigírselo a usted su novio.

LIESE BAUSCH

No, no lo exige, naturalmente que no, pero a pesar. *(Se vuelve a levantar al entrar Fritz con los vasos vacíos.)* Siga usted tan sólo mi consejo, no se meta usted con adoradores.

Entra Lachmann por la mampara, se fija en seguida en Micaela, a quien extiende la mano.

LACHMANN

(Colgando su sobretodo.) Micaela, somos muy viejos.

MICAELA

¿Es lo primero que me dices?

LACHMANN

Yo, cuando menos yo. Tú no, pero yo sí. Sobre todo comparado con tu padre.

MICAELA

¿Por qué?

LACHMANN

¡Por motivos! ¡Por motivos...! Cuando entré en vuestra escuela... y ahora comparado con antes... Se ha adelantado hacia atrás.

MICAELA

¿Cómo? ¿Pero cómo?

LACHMANN

¡Bah! ¡Se quería reconciliar a Dios y al diablo! Las cosas que se pretendían. Y las cosas que no

se podían. ¡Qué idea tenía entonces de las propias fuerzas...! Pero hoy, es la quiebra.

MICAELA

¿La quiebra de qué?

LACHMANN

De varias cosas y de muchas otras. De las ilusiones, por ejemplo.

MICAELA

¡Eh! Creo que también se puede vivir sin ellas. ¿O les das tanto valor?

LACHMANN

Sí; todo lo demás es incierto... Las ilusiones, Micaela, son el mejor tesoro en el mundo... Te convencerás si reflexionas un poco.

MICAELA

Te refieres a la fantasía... Sin ella no puede existir el artista.

LACHMANN

Sí, fantasía y la fe en ella... Un frasco de tinto... como ayer.

LIESE BAUSCH

(Que ya ha descorchado el vino.) He reconocido en seguida al señor. (*Coloca la botella y el vaso en la mesa de Lachmann.)*

LACHMANN

¡Sí! ¡Me alegro! Si tuviera dinero bastante beberíamos hoy champán. *(Pausa.)*

MICAELA

Caes de un extremo a otro... ¿Cómo te lo explicas, Lachmann?

LACHMANN

De ningún modo... Es la gracia que tiene... Conmigo se ha acabado todo ya. Ahora puede volver a empezar la vida alegre.

Vuelve a oirse risas y bullicio en el cuarto de al lado. Liese Bausch mueve la cabeza en señal de reprobación y entra en el cuarto.

MICAELA

¡Estás tan excitado!

LACHMANN

¿Lo crees...? De ordinario duermo ya a estas horas. Gracias a Dios que estoy algo animado; pero no durará mucho, y lo siento. ¡La edad! ¡La edad! Va uno muriendo lentamente.

MICAELA

¡No te encuentro tan viejo, querido Lachmann!

LACHMANN

¡Chócala entonces, Micaela! ¡Cásate conmigo!

MICAELA

(Sorprendida y alegre.) Eso no; precisamente... No quería decirte eso... Para eso somos, es ver-

dad, ambos demasiado viejos... Pero mientras conserves ese buen humor no está la cosa tan mal.

LACHMANN

Sí, sí; pero no hablemos de ello.

MICAELA

Dime, ¿qué es lo que te ha deprimido tanto?

LACHMANN

Nada, pues no estoy nada deprimido... He reflexionado y me he dado cuenta que propiamente esto no es vida.

MICAELA

¿Cómo? Vuelvo a preguntarte cómo.

LACHMANN

El pez vive en el agua. Para vivir se necesita estar en su medio. El espíritu también. Estoy sumido en un mal ambiente... Que quieras o que

no tienes que respirar ese aire... ¡Y, mira, tú misma te asfixias! Te niegas a ti misma... No te reconoces... No sabes nada de ti.

MICAELA

¿Estoy entonces yo en mi voluntaria soledad mejor que tú?

LACHMANN

Aquí estáis en general mejor... No sentís nada del gigante cancán de la capital... Pero cuando se ha caído en él se siente uno arrastrado... Quiere uno salir al mundo... Yo, por el contrario, desearía no haber salido de casa... ¡No es muy grande el mundo, Micaela; no es mayor que aquí! Y aquí tampoco menor que fuera. Y para quien es pequeño tiene que engrandecérselo... y esto es lo que, por ejemplo, ha hecho tu padre... Como te decía, cuando ingresé yo aquí en la Academia, en la primavera...

MICAELA

Fué en otoño.

LACHMANN

Tengo sólo el recuerdo de la primavera... Se salía del pequeño mundo burgués... y entonces... podría creerse que se le abría a uno el mundo... amplio... magnífico... Hoy ha vuelto uno a caer... Enterrado en la casa y en el matrimonio.

MICAELA

Te veo siempre de pie en los claustros, Lachmann, con tus cabellos amarillos y sedosos... ¿Te acuerdas...? Delante de la puerta de padre... El estudio de padre estaba entonces en el piso de arriba, no en el pequeño pabellón aislado. ¿Te acuerdas aún, o lo has olvidado?

LACHMANN

¿Yo? No... Eso no se olvida... No he olvidado nada de entonces... He conservado hasta el detalle más pequeño... Fué nuestra gran época... No puede expresarse ni de lejos el misterio que entonces se realizó. Eramos chicos a quienes se

azota, y recibimos de pronto el espaldarazo de caballeros...

MICAELA

No lo sintieron todos como tú, querido Lachmann... A muchos ha cohibido el natural de padre.

LACHMANN

Sí, pero no lo merecían... Quien tuviera algo dentro de sí, le hacía caballero con sólo un espaldarazo... Pues al mostrarnos los héroes del mundo despertaba en nosotros la emulación y un noble sentimiento por los principios del arte... como si se fuera de la misma familia... Un orgullo divino nos invadía, Micaela... Bebamos... ¡Fueron unos tiempos! *(Observa que Micaela no tiene vaso y se vuelve a Fritz, que entra en el cuarto de al lado llevando champán.)* Haga usted el favor de traer otro vaso. *(Fritz trae en seguida el vaso junto con el champán.)*

MICAELA

¿Qué te ha ocurrido de particular, Lachmann?

LACHMANN

(Sirviendo el vino.) He visto el cuadro de tu padre.

MICAELA

¿Vienes del estudio de padre?

LACHMANN

Sí, ahora mismo, directamente.

MICAELA

¿Y te ha hecho tal impresión?

LACHMANN

Tan honda como pueda ser...

MICAELA

¿Con franqueza...?

LACHMANN

Con franqueza... con franqueza... seguramente.

MICAELA

¿No te has desilusionado?

LACHMANN

No, no..., de ninguna manera... Sé adónde me quieres llevar..., por qué me preguntas...; pero todo arte es fragmentario...; lo que he visto es bello..., conmovedor y bello...; a lo que se aspira y lo que se siente, Micaela...; el último aliento por el cual se lucha...; entonces se aprecia lo que es tu padre, Micaela... El mayor fracaso puede significar más, en lo más grande se ve mejor, puede emocionar y elevar más, obrar más hondamente que lo que pueda conseguir lo mejor hecho.

MICAELA

¿Qué humor tenía papá?

LACHMANN

Me ha sermoneado mucho, aunque ya no tiene objeto. Pero si se cierran los ojos y se escu-

cha el sermoneo, podría creerse que es un primer saludo de primavera y que tiene uno que elevarse a una gran altura.

Entran el maestro de obras Ziehen y el asesor Schnabel. Los dos muy alegres, hablan alto y sin reparo, y luego bajito, pero de tal modo que puede oirse lo que dicen. Risas en el cuarto de al lado.

ZIEHEN

Fritz, pronto, otra botella de Gellermann, ocho marcos la botella... ¿qué puede ser? Ahora empiezo a divertirme.

SCHNABEL

Buen tipo ese Quantmeyer..., ¿no es verdad? Tiene unas ocurrencias de gran calibre...

ZIEHEN

(Sonriendo.) Creí caer bajo la mesa. *(En voz baja.)* Cuidado, asesor, con lo que se dice, que hay viejas... *(Hace gestos, señalando hacia Micaela.)*

SCHNABEL

Fritz, ¿está aquí otra vez la compañía de circo?

FRITZ

(Ocupado con el champán) ¿Cómo, señor asesor? No sé nada.

SCHNABEL

¿Cómo? ¿Cómo? Se huele materialmente. No huele a cuadra.

ZIEHEN

Vivan las ecuyeres...

VON KRAUTHEIM

(Entra, se dirige al mostrador y al pasar dice a Ziehen y Schnabel.) ¿Es eso un hombre o una mujer?

ZIEHEN

Acérquese usted y examínela... *(A Schnabel.)* Diga usted, ¿qué hay con Quantmeyer? Es tam-

bién jurista. No se sabe lo que ese hombre es. ¿De qué vive?

SCHNABEL

(Encogiéndose de hombros.) De dinero, seguramente.

ZIEHEN

Si, ¿y quién se lo da?

SCHNABEL

¡Bah! Parece tener dinero, y eso es lo más importante.

ZIEHEN

Y del noviazgo, ¿qué me dice usted?

SCHNABEL

Ziehen, tiene usted una mona.

ZIEHEN

Pues si no es la chica tonta; las chicas pueden ser siempre algo tontas, pero entregarse así a un

tal... *(Le susurra algo al oido, luego rien ambos)* Asesor, vea usted a su alrededor. *(Pasa el brazo a Schnabel y sin consideración a Lachmann y Micaela hasta cerca de la mesa de éstos. Sin pedir permiso se sienta a su lado y con grandes gestos empieza a describir detalles del local.)* Esto lo he hecho yo. Todo. Todo lo he hecho yo... Paredes y techo, el mostrador y todo... Todo lo he dibujado yo... Todo es obra mía. Por eso vengo a beber tan a gusto... Tenemos gusto... Vea usted... ¿No lo cree usted? ¡Una taberna ésta de buen gusto...! *(Suelta a Schnabel y enciende su cigarro con una cerilla que enciende con grandes aspavientos en la mesa de Lachmann y Micaela. Vuelven a oirse risas en el cuarto de al lado. Fritz entra el champán. Ziehen dice:)* Quiere volver completamente loco al joven. *(Schnabel se encoge de hombros.)* Entre usted; la cosa vuelve a empezar. *(Entran los dos en el cuarto de al lado. Micaela y Lachmann se miran uno a otro.) (Pausa.)*

LACHMANN

(Sacando su pitillera del bolsillo. Secamente.) Esos tipos no son de mi agrado. ¿Permites que fume?

MICAELA

(Algo intranquila.) Ciertamente.

LACHMANN

¿Y tú?

MICAELA

No, gracias, aquí no.

LACHMANN

Sí, sí..., hemos progresado mucho... O dime, ¿es que lo dudas?

MICAELA

No encuentro muy agradable la estancia aquí.

LACHMANN

(Fumando.) Y aunque tuvieras alas de ángel

no podrías librarte de esta clase de gentes... No lo comprendo... Y hoy día se trabaja para estas gentes... No hay punto de contacto con ellos... Todo lo puro se mancha... lo más sucio... lo más indecente... el último pingo se tiene por sagrado... y uno de nosotros tiene que callar y trabajar para esa partida... ¡Bebamos, Micaela, a la salud de tu padre! Y el arte que ilumina al mundo. A pesar de todos y a pesar de todo... *(Entrechocan las copas.)* Si tuviera cinco años menos, me hubiera asegurado también algo que hoy ya no puedo... y vería hoy las cosas más color de rosa.

MICAELA

¿Sabes lo que se hace a veces más difícil...

LACHMANN

¿El qué?

MICAELA

...entre amigos?

LACHMANN

¿El qué?

MICAELA

No estorbar a nadie en su camino... ¡Bah! Hubo un tiempo... *(Choca significadamente la copa con la de Lachmann.)*

LACHMANN

Cierto, cierto... Lo merezco... El tiempo ha pasado para no volver... Pero hubo un momento en que se estuvo cerca, y aunque ahora me hubiera bastado a mí hacer una seña... *(Voces y risas en el cuarto de al lado.)*

MICAELA

(Palidece y se estremece.) Lachmann, ¿no has oído?

LACHMANN

Sí; ¿pero te descompone eso, Micaela?

MICAELA

No sé a qué se debe. Acaso se deba a la tirantez entre padre y Arnoldo y a mi preocupación.

LACHMANN

Sí, sí; ¿pero por qué ahora?

MICAELA

No sé... ¿No sería mejor marcharnos? Ah, sí... tu mujer... Esperaremos entonces... Pero de veras, no me siento bien aquí.

LACHMANN

No hagas caso de la plebe. *(Liese Bausch sale del cuarto de al lado.)*

LIESE BAUSCH

Dios mío... Dios mío... Los señores beben champán y luego no saben lo que hacen... Es una pena, señores... *(Se sienta desembarazadamente en una silla en la mesa de Lachman y Micaela. Su gran excitación demuestra que le ha pasado algo desagradable.)*

LACHMANN

¿No se comportan los señores con gran tacto?

LIESE BAUSCH

¡Ah... sí...! Son, por lo demás, muy correctos...; pero vea usted... hay entre ellos un muchacho a quien... *(Mueve la cabeza en señal de reprobación y hace gestos con las manos.)* No sé... no sé...

LACHMANN

¿Es su novio de usted...?

LIESE BAUSCH

(Hace que se estremece y mirándose al pecho se arregla las puntillas.) ¡Ah, no...! Es un necio que se figura varias majaderías... ¿Qué me importa el majadero...? Que me deje en paz... *(A Micaela.)* ¿O le gustaría a usted que le moleste a una un marabú... así...? Puedo hacer lo que quiera, ¿no es cierto? ¿Qué me importa un espía así...? *(Se levanta muy excitada.)* Además, mi novio

está borracho..., y si quiere emborracharse podría hacerlo en otra parte. *(Se sienta en el lugar más retirado del mostrador. Pausa.)*

LACHMANN

¡No puedes figurarte qué impresión le hace a uno esto! Tu padre en su taller, y aquí, digámoslo así, esta noble sociedad. Y si se recuerda uno la imagen de Cristo, suave, tranquila, y se lo representa uno aquí, entre este humo, en su pureza y placidez... ¡qué impresión más extraordinaria... más extraña...! Me alegro de que no esté aquí mi mitad... Tendría miedo de ello...

MICAELA

Si supiéramos que ha de venir aún... si no propondría... no lo crees tú...

LACHMANN

(Poniendo su petaca en el sobretodo.) Sí... desde nuestro brindis de antes... a pesar de todo y

contra todo... Cuando dos dicen, fué en un tiempo, siempre queda algo... y por eso choquemos otra vez. *(En el cuarto de al lado, después de una carcajada, se oye el siguiente diálogo.)*

QUANTMEYER

¿Cómo se llama usted? ¿Quién es usted? ¿Qué? ¿Por qué está usted siempre aquí sentado, mirándonos? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Le molesta a usted? ¿Le molesta a usted que dé un beso a mi novia? ¡Ah! ¿Cree usted que tengo que pedirle permiso a usted? ¡Usted! ¡Usted está chiflado! Tonto es usted.

VOCES DE LOS DEMÁS, ENTRE RISAS

Una ducha, una ducha fría...

QUANTMEYER

Es que no puedo enseñar mis ligas... ¿Cree usted que no puedo? *(Risas.)*

LACHMANN

¡Buena sociedad!

QUANTMEYER

¡O cree usted que no puedo...! ¡Llevo ligas de señora y... basta! Y si no son mías... mejor... Pues son de Liese... *(Ríe.)*

LIESE BAUSCH

(A Micaela y Lachmann.) Miente... Es una canallada... Miente..., y ese que así miente pretende ser mi novio...

QUANTMEYER

¿Qué...? ¡Adelante! ¡Acérquese usted! Y por muy tierno que esté usted, hijo mío, no es usted capaz de turbarme el buen humor..., usted, pintor de brocha gorda, pintamonas... Si dice una palabra, estad seguros, sale rodando.

LIESE BAUSCH

(Apresurada.) La cosa ha venido así... No crea

usted, señora, que yo tengo la culpa de este escándalo. La cosa ha sido así..., ha venido así... Mi novio está alegre... y me pellizcaba siempre en el brazo..., y todos se propusieron volverle celoso...

LACHMANN

¿A quién?

LIESE BAUSCH

Al joven que les decía a ustedes. Ya he estado a ver a su padre... Las cosas que ya ha hecho. No sirve de nada... Viene y se sienta en el rincón y hace tanto hasta que ocurre esto...

LACHMANN

¿Qué es lo que hace?

LIESE BAUSCH

Propiamente nada. Está sentado y mira fijamente. Es muy desagradable... No ha de extrañarse de que sistemáticamente se dediquen a hacerle rabiar. *(Vuelve a oírse a Quantmeyer.)*

Ahí lo tiene usted, ya vuelve a empezar... Voy a buscar a padre. Ya no sé qué hacer.

QUANTMEYER

No sabe usted lo que acabo de decir... ¿No? ¿Lo ha olvidado usted? ¿Qué? Pues óigalo usted de nuevo... palabra por palabra... Puedo besar a mi novia, como quiera, donde quiera y cuando quiera...; tiene que venir el diablo a prohibírmelo... Bueno... Diga usted sólo una palabra... y apenas dicha, estará usted en la calle.

LIESE BAUSCH

Y ese quiere ser mi novio... Obra de ese modo y dice esas cosas. *(Entre los gritos de todos se distinguen las siguientes palabras.)*

ZIEHEN

¡Alto, alto, mozo..., tan trágicamente no lo tomamos...!

SCHNABEL

¿Qué? ¿Qué? ¡Venga la policía! ¡Al calabozo con el golfo!

VON KRAUTHEIM

Procedimiento sumario, Quantmeyer... ¡Arránquesela usted!

QUANTMEYER

Atrévase usted, atrévase usted, desgraciado.

ZIEHEN

¡Arrebatársela! ¡Arrebatársela!

SCHNABEL

¡Arrebatársela! Una... dos..

QUANTMEYER

¡Déjelo usted...! ¡Déjelo usted...!

ZIEHEN

¿Quiere usted dejarlo o no?

SCHNABEL

¡Lo veis, el mozo es un anarquista!

Se oye una lucha en el cuarto de al lado.

MICAELA

(Se pone en pie, llena de miedo, y echa mano a sus prendas.) Lachmann, haz el favor... Vámonos... ¡Vámonos de aquí!

ZIEHEN

¡Ya lo tengo, amigos! ¡Ya eres nuestro!

SCHNABEL

¡Sujetadle! ¡Sujetad al ladrón! *(Empujan a Arnoldo, con palidez mortal, a través de la puerta. Ziehen, Schnabel y von Krautheim le persiguen gritando:)* ¡Sujetadle, sujetadle! *(Corren detrás de él a la calle y desaparecen. Se oyen sus gritos y los de algunos transeuntes cada vez más débilmentes hasta que se pierden en la lejanía.)*

MICAELA

¡Arnoldo...! ¿No era Arnoldo?

LACHMANN

¡Silencio! *(Entran Quantmeyer y el mozo.)*

QUANTMEYER

Lo ves, Lieschen; ¡ahí tienes lo que es el ladrón! Mira..., mira..., haz el favor, la cosa... Cuesta a lo sumo cinco o seis marcos...; pero pudo haber hecho daño...

LIESE BAUSCH

Haga usted el favor de dejarme en paz.

FRITZ

¡Gracias...! ¡Gracias...! A un parroquiano así, que saca un revólver, y lo pone encima de la mesa, junto a su cerveza... A un parroquiano así... no sirvo yo...

LIESE BAUSCH

Pues si no quiere usted, no lo haga.

LACHMANN

(A Fritz.) ¿Le ha amenazado a usted con el arma?

QUANTMEYER

(A Lachmann con mirada policiaca.) Sí... ¡Lo ha amenazado! ¿O lo duda usted? ¡Tiene que ver! ¿Acaso pueda que sea nuestra la culpa?

LACHMANN

Me he permitido sólo preguntar... al mozo y no a usted.

QUANTMEYER

¡Permitido...! ¡Permitido! ¿Quién es usted? ¿A qué se mete usted en lo que no le importa? ¿O es usted acaso pariente de ese retoño? Entonces sería una nueva planta... El señor... Por hoy tiene el señor bastante, a lo que me figuro... Aprove-

chará la lección el mozalbete... ¿Pero crees tú que el cobarde se ha defendido...?

MICAELA

(Volviendo de su asombro se dirige a Quantmeyer.) ¿Pero no era Arnoldo?

QUANTMEYER

¿Qué?

LIESE BAUSCH

(Adivinando la cosa, se interpone entre Quantmeyer y Micaela.) Apártese usted... Deje usted a nuestros parroquianos en paz... o llamo en el acto a papá.

MICAELA

(Con un grito de dolor, como queriendo llamar a Arnoldo hacia la puerta.) ¡Arnoldo! ¿No era Arnoldo?

LACHMANN

(La sigue y la sujeta.) No, no, Micaela... ¡Domínate...!

TELÓN

ACTO CUARTO

Estudio del viejo Kramer, igual que el segundo acto. Son alrededor de las cinco de la tarde. La cortina que separa el estudio propiamente dicho está, como siempre, corrida. Kramer trabaja en su mesa de grabar; vestido como en el acto segundo. El bedel Krause saca de una cesta que ha traído paquetes azules con bujías.

KRAMER

(Sin dejar de trabajar.) Ponga usted allí los paquetes, junto a los candelabros.

KRAUSE

(Pone los paquetes encima de la mesa en que hay varios candelabros de plata. Luego saca una carta que mantiene en la mano.) ¿No tiene usted nada que mandar, señor profesor?

KRAMER

¡Profesor! ¿Qué es eso?

KRAUSE

Puede que sí. Aquí ha llegado un pliego del Gobierno. *(Pone la carta en la mesa de Kramer.)*

KRAMER

¡Eh! ¿Dirigida a mí? ¡Todos mis respetos! *(Deja la carta sin abrir encima de la mesa.)*

KRAUSE

(Coge su cesta y se dispone a marchar.) ¿Debo de velar esta noche, señor profesor? Usted debiera descansar un poco.

KRAMER

Sigamos, Krause, con la vieja costumbre. ¿No? También en lo de velar, oye usted, y además ya cuento con alguien. He hablado con el pintor

Lachmann. Usted conoce a Lachmann ya de antes.

KRAUSE

(Coge su gorra y suspira.) ¡Dios, padre misericordioso! ¿No desea usted nada más?

KRAMER

¿Está el director allí enfrente?

KRAUSE

Sí, señor Kramer.

KRAMER

¡Gracias! Está bien... Aguarde usted un momento. El lunes por la noche... ¿dónde fué..., dónde encontró su mujer de usted a Arnoldo?

KRAUSE

Aguarde usted..., fué allí, donde están las barcas..., junto a la muralla de ladrillo..., donde está el barquero que las alquila.

KRAMER

¿En el pasadizo pequeño que baja? ¿A la orillla del Oder?

KRAUSE

Sí. Precisamente allí.

KRAMER

¿Le habló ella a él, o fué él quien le habló primero?

KRAUSE

No, estaba sentado en la barandilla, así, sobre el muro, sabe usted, donde las gentes se paran a ver cómo los polacos, sabe usted, en las balsas, guisan sus patatas... Le extrañó a la mujer y se paró a decirle buenas noches.

KRAMER

¿Qué más habló con él?

KRAUSE

Le dijo que iba a resfriarse.

KRAMER

¡Eh! ¿Y qué contestó él?

KRAUSE

Al decir esto la mujer él se echó a reír... Pero ve usted, dice la mujer, con una risa extraña... despectiva. No sé nada más.

KRAMER

Quien quiera despreciar todo..., despreciarlo todo..., oiga usted, tiene siempre motivos... Hubiera querido que usted me hubiera buscado... Creo que ya entonces era tarde.

KRAUSE

¡Ah, si lo hubiera imaginado! ¿Cómo figurárselo? ¿A quién puede ocurrírsele tal cosa? Luego vino Micaela con el señor Lachmann... y sentí miedo... Era alrededor de la una de la noche.

KRAMER

Oiga usted, de noche... ¡No lo olvidaré! Cuando mi hija me despertó era la una. Y cuando encontramos al pobre muchacho daban las nueve en el reloj de la catedral.

Krause suspira, mueve la cabeza. La puerta se abre y en el mismo momento aparecen Lachmann y Micaela. Entran. Sale Krause. Michaelina vestida de negro, triste, agobiada y llorosa.

KRAMER

(Saliéndoles al encuentro.) Ya estáis aquí, hijos míos. Entrad. Entonces, Lachmann, ¿quiere usted velar esta noche? Era usted su medio amigo; me es muy grato el que quiera usted velar, ¿oye usted...? No me gustaría que fuera un extraño... *(Se pasea meditabundo y dice:)* Os dejaré solos cinco minutos... Tengo que ir allí enfrente a decir al director lo que tengo que decirle... ¿No os marcharéis hasta que vuelva?

MICAELA

No, padre, Lachmann se quedará aquí de todos modos, pero yo tengo que hacer.

KRAMER

Me agrada que se quede usted, Lachmann. Seré breve y volveré en seguida. *(Coge su tapabocas y saluda a los dos con una inclinación de cabeza al salir.)*

Micaela se sienta, aparta el velo de su cara y se enjuga las lágrimas con el pañuelo. Lachmann deposita el sombrero, el bastón y el sobretodo.

MICAELA

¿Encuentras muy cambiado a padre?

LACHMANN

¿Cambiado? No.

MICAELA

¡Dios mío...! Me había olvidado de dar parte

a los Hartels... Pierde una el poco de memoria que tiene... Aquí hay una corona. *(Se levanta y coge una corona de laurel con un lazo que está junto al sofá. Después de leer la tarjeta prendida a ella, sigue hablando con expresión de asombro.)* Es de la Schaffer... Ya ves, ella está también desamparada. Sólo tenía un pensamiento: Arnoldo. Y Arnoldo no sabía nada.

LACHMANN

¿Es esa criatura contrahecha que he visto en el estudio?

MICAELA

Sí, la misma. Pintaba porque Arnoldo pintaba. Y veía en mí la hermana de Arnoldo. Esta corona que ha comprado le costará vivir durante tres semanas de pan y te.

LACHMANN

Y puede que sea feliz con ello. ¿Sabes con quién me he encontrado? ¿Sabes quién quiere enviar una corona?

MICAELA

¿Quién?

LACHMANN

Liese Bausch.

MICAELA

No hace falta que la envíe. *(Pausa.)*

LACHMANN

Si hubiera podido yo hablar dos palabras con Arnoldo, sobre Liese Bausch...; acaso no hubiera sido perdido.

MICAELA

No, Lachmann, te equivocas. No lo creo.

LACHMANN

¿Quién sabe? Pero me evitaba. Hubiera podido explicarle algo—no tengo reparo en decírtelo—por experiencia propia. Con frecuencia nos es negada la satisfacción de violentos deseos, porque de sernos concedida, Micaela—a mí me

fué concedido uno de estos, no necesito encubrírtelo--, estamos después mucho peor.

MICAELA

La experiencia es cosa que no puede transmitirse a otro, al menos en su hondo sentido

LACHMANN

Es posible; pero por lo demás... Sé muy bien. *(Pausa.)*

MICAELA

Sí, así, así sucede en el mundo. Ella jugaba también con fuego. Y que podía pasar lo que pasó no se lo figuraba ella... *(Acercándose a la mesa de grabado.)* Mira lo que padre acaba de grabar.

LACHMANN

Un caballero muerto y en armas.

MICAELA

¡Eh! ¡Eh!

LACHMANN

(Lee en la plancha.)

Cubierto voy de hierro;
la muerte, mi compañera.

MICAELA

(Acongojada, llora en silencio.) Nunca he visto llorar a padre; pero mira, padre ha derramado aquí lágrimas.

LACHMANN

(Involuntariamente, asiéndola de la mano.) Micaela, hay que dominarse.

MICAELA

¡La hoja está húmeda! ¡Ah, Dios mío! *(Se rehace, da unos cuantos pasos y prosigue.)* Se domina, Lachmann, es cierto...; pero, dado lo que sufre, ha envejecido diez años.

LACHMANN

A aquel a quien la vida se muestra en toda su

profunda tristeza en los momentos trágicos..., yo también he enterrado padre y madre; éste, después de haber vencido el dolor..., seguirá navegando en su barca tranquilo y sosegado, llevando los muertos en lo hondo.

MICAELA

Pero sobrevivir, esto es lo más terrible.

LACHMANN

Nunca lo hubiera pensado.

MICAELA

Sí, sí. Ha venido como un rayo. Presentía; si lo encontramos, bien; pero si no damos con él todo está perdido. Conozco a Arnoldo. Lo presentía. Se habían acumulado tantas cosas en su alma, y cuando lo comprendí todo me dí cuenta del peligro.

LACHMANN

Le seguimos de cerca.

MICAELA

Demasiado tarde cuando me rehice. Una palabra tan sólo. ¡Decirle una sola palabra! ¡Una palabra! Seguramente que lo hubiera cambiado todo. Le hubieran detenido, quiero decir, los hombres que le perseguían le hubieran traído... Hubiera debido gritarle: ¡Arnoldo, ven! *(La emoción la impide seguir hablando.)*

LACHMANN

No le hubiera pasado nada... Un juego lo del revólver.

MICAELA

La muchacha. La vergüenza. El padre. La madre. Y de seguro también las consecuencias del miedo. Se las echaba de muy avisado y experimentado, pero en el fondo era completamente inexperto e infantil... Yo sabía que llevaba el arma.

LACHMANN

Ya me la enseñó a mí en Munich.

MICAELA

Sí, porque se creía siempre perseguido. No veía más que enemigos a su alrededor. Y no había quien le convenciera de lo contrario. Todo es falsía y disimulo, decía siempre. Disimulan las garras, y si no estás atento, te atacan.

LACHMANN

No estaba muy descaminado. Tenía cierta razón. Hay momentos en que se siente. Seguramente que ha sufrido muchas groserías. Y cuando se piensa que desde su punto de vista tenía razón.

MICAELA

Hubiera debido preocuparse más de él. Pero Arnoldo era tan adusto. Y a pesar de no quererse más que su bien, siempre le rechazaba a uno.

LACHMANN

¿Qué es lo que ha escrito a tu padre?

MICAELA

Papá no ha enseñado la carta a nadie.

LACHMANN

A mí me ha indicado algo; sólo indicado. No me ha dicho propiamente nada. Y sin amargura... Creo que escribía algo así como que no podía con la vida. Que no servía para ella.

MICAELA

¿Por qué no haberse apoyado en padre? Cierto que es severo. Pero quien no supere esto contemplando su bondad y su humanidad, es un ser incompleto. Yo lo he conseguido siendo mujer. Y me era más difícil a mí que a Arnoldo. Padre ha luchado por conquistar la confianza de Arnoldo, y yo, al revés, he tenido que esforzarme para ganar la suya. Padre es terriblemente veraz, pero otra cosa no. A mí me ha herido más que a Arnoldo. Arnoldo era hombre, y yo lo he soportado.

LACHMANN

Yo escogería a tu padre de confesor.

MICAELA

Él ha luchado también.

LACHMANN

Se ve.

MICAELA

Sí, y yo lo sé muy bien. Y hubiera comprendido perfectamente a Arnoldo.

LACHMANN

¿Pero quién conoce la palabra mágica?

MICAELA

Mira, Lachmann, lo que pasaba. Mamá, interiormente está muy alejada de papá, pero cuando se enfadaba con Arnoldo siempre le amena-

zaba con padre... ¿Qué ha conseguido así... o cuando menos a qué ha contribuído?

Vuelve Kramer.

KRAMER

(Quitándose la corbata.) ¡Aquí estoy otra vez! ¿Qué hace mamá?

MICAELA

Dice que no tienes que cansarte mucho. ¿Duermes hoy en casa o no?

KRAMER

(Reuniendo los mensajes de pésame.) No, Micaela. Pero si vas a casa, lleva a mamá estas tarjetas. *(A Lachmann.)* Ve usted, también tenía amigos, sólo que nosotros no lo sabíamos.

MICAELA

A casa ha ido también mucha gente durante el dia.

KRAMER

Preferiría que dejaran de ir; pero como creen que hacen bien con ello no puedo impedírselo. ¿Te vas?

MICAELA

Tengo que marcharme... Estas terribles molestias y...

KRAMER

No hemos de enfadarnos ahora por esto. El momento reclama todos nuestros sacrificios.

MICAELA

Adiós, papá.

KRAMER

(Reteniéndola.) ¡Adiós, hija mía! A ti no te enoja. Eres la más sana de todos nosotros. No, no, Micaela, no quiero decir esto. Tienes una cabeza reflexiva y sana. Pero tu corazón es tan ardiente como el de cualquiera Lachmann. *(Micaela llora amargamente.)* Pero oye, ¡por Dios!, hemos de mostrar nuestra fuerza de resistencia.

MICAELA

(Decidida le oprime la mano y también a Lachmann, y sale.)

KRAMER

Encenderemos las luces. Abra usted los paquetes. *(Él también los abre.)* Dolor, dolor, dolor. ¿Sabe usted lo que encierran estas palabras...? Ve usted, hay palabras así: hay días que viven otras en que parecen muertas. *(Pasa a Lachmann un candelero en el que pone una vela.)* Así. Llévesela usted a mi hijo. *(Lachmann entra con la vela en la parte interior del recinto. Kramer sigue hablando delante de la cortina.)* Cuando lo grande entra en la vida, oye usted, barre lo pequeño. Lo pequeño separa...; lo grande une, vea usted. Es decir, hay que ser así. La muerte es siempre lo grande, ¿oye usted? La muerte y el amor, vea usted. *(Vuelve Lachmann.)* He estado abajo con el director, le he dicho al hombre la verdad, ¿y por qué había de mentir, oye usted? No estoy ahora en ánimos de mentir. ¿Qué me importa

ahora el mundo? Él también ha saltado por encima de él... Vea usted, las mujeres lo quieren. El pastor si no, no le acompaña hasta la sepultura, y esto no sería justo. Mire usted, todo esto es para mi secundario; Dios es lo principal... El Pastor no. ¿Sabe usted lo que he hecho esta mañana? He enterrado ilusiones queridas. Silenciosamente, para mí solo. A solas conmigo. Fué una larga serie... Oye usted, pequeño y grande...; todo segado, Lachmann.

LACHMANN

Yo también perdí un amigo, que se privó voluntariamente de la vida.

KRAMER

¿Voluntariamente? ¡Oiga usted...! ¡Quién sabe cuando se da este caso! Vea usted estos bocetos... *(Registra sus bolsillos y saca un libro de apuntes, que abre ante Lachmann, acercándose a la ventana, donde, aun a pesar del crepúsculo, se ve algo.)* Aquí están sus verdugos reunidos.

Aquí están como él los veía. Y oiga usted, ojos tenía el muchacho... Es la vista mala; pero una vista no puede negarse... Acaso no esté yo tan perturbado como se piense, ni tan sin consuelo como alguno pueda creer. La muerte, vea usted, eleva a lo sublime. Vea usted, se inclina uno, ¡pero lo que nos hace doblar es tan magnífico y tan monstruoso a la vez! Se siente, casi se ve, y así engrandece el dolor... ¿Qué es lo que no ha muerto ya en el mundo...? Más de uno, Lachmann, que aún vive. ¿Por qué se desangran los corazones y palpitan a la vez? Esto se debe, Lachmann, a que tiene necesidad de amar. Todo tiende a la unidad, y sobre nosotros pesa la maldición de la dispersión. No queremos dejar que nada se nos escape, y todo se nos escapa apenas llegado.

LACHMANN

Ya lo he experimentado yo.

KRAMER

Cuando Micaela me despertó, me mostré muy

miserablemente débil. Pero ve usted, lo supe en seguida, y las horas que tuve que permanecer tendido fueron las más duras para mí. En esas horas, Lachmann, Dios lo sabe, ¿se realizó la depuración o no, Lachmann? Yo mismo no me reconocía apenas. Oiga usted, luché tan fuerte, que yo mismo no lo creía. Oiga usted, no nos conocemos. He reído como un idólatra y sometido a examen a mi ídolo. Fué una broma diabólica, inocente, Lachmann, de verdugo, fácil, sin gracia y mala... Ve usted, Lachmann, así era yo. Así me revelaba... Pero al acercarme aquí me volvió el juicio... A una cosa así se resiste uno...; pero ahora está firme en la cabeza... Ahora a vivir con ella... Ya han transcurrido dos días. Era la envoltura; allí está la semilla... ¡Ah, que no se hubieran llevado la envoltura!

Micaela entra sin llamar, muy despacio.

MICAELA

Papá, abajo está Liese Bausch en la portería. Trae una corona.

KRAMER

¿Quién?

MICAELA

Liese Bausch. Quiere hablarte. ¿La dejo pasar?

KRAMER

No siento rencor contra ella, ni se lo reprocho... No conozco el odio. No conozco la venganza. Todo me parece ahora pequeño y mezquino. *(Sale Micaela.)* ¡Ve usted cómo me ha cogido! ¡No es milagro, vea usted !Se vive...! Se preocupa uno de cosas pequeñas, y se toman pequeñeces como si fueran cosas de importancia; se entretiene uno en estas cosas... y de pronto se abate el águila entre los gorriones! ¡Vea usted, y todo ya ha acabado! ¡Lo que ahora tengo ante mí y lo que pueda venir, ni me asusta ni me alegra!

LACHMANN

¿Quiere usted que encienda una luz?

KRAMER

(Descorre por completo la cortina. En el fondo del estudio se ve la caja de un muerto cubierta con paños.) ¡Vea usted, aquí yace un hijo de madre! ¡Los hombres son bestias feroces! *(Por los altos ventanales del estudio penetra la luz del crepúsculo. Un candelabro arde a la cabecera del féretro. Kramer se acerca a la mesa y vierte vino en un vaso.)* ¡Lachmann, acérquese usted..., tome usted un refuerzo! Un poco de vino podrá reconfortarnos... ¡Bebamos, Lachmann..., sacrifiquémonos..., choquemos nuestros vasos! ¡Y quien allí yace soy yo, es usted! ¡Es una gran Majestad! ¡Qué más puede decir el Pastor! *(Beben. Pausa.)*

LACHMANN

Nombré antes a un amigo, cuya madre era hija de un Pastor, y tomé muy a pecho que no acompañara ningún Pastor al cadáver. Pero cuando caía el cadáver en la tumba, bajó sobre ella el Espíritu Santo, y rezó, ¡como si Dios ha-

blara por sus labios! ¡Jamás oí rezar como entonces!

Micaela entra con Liese Bausch, que viene vestida de obscuro. Las dos mujeres se detienen en la puerta. Liese se tapa la cara con el pañuelo.

KRAMER

(Al parecer sin fijarse en Liese, restrega una cerilla para encender las velas. Lachmann le ayuda hasta encender dos candelabros de a seis velas.) ¡Qué sabían los lechuginos de ésto! ¡Esos monigotes con figura humana! ¡Qué sabían de él, de mí y de nuestros dolores! ¡Le han azuzado a la muerte! ¡Le han matado como a un perro, Lachmann! ¡Sí, puedo decirlo! ¡Qué más podrían hacerle! ¡Venid, señores! ¡Insultadle ahora! ¡Oiga usted, Lachmann..., ya acabó todo! *(Retira un pañuelo de seda que cubre la cara del muerto.)* ¡Qué bien descansa! ¡Qué bien! *(Al resplandor de los cirios se ve junto al féretro un caballete con pintura fresca. Kramer se pone a pintar, y sigue impertérrito, como si Lachmann, ni nadie, estuviese*

presente.) ¡Me he pasado el día aquí! He pintado, he dibujado, he vaciado la mascarilla. Allí está, allí, envuelta en el pañuelo de seda. ¡Ahora no cede en grandeza a nadie! *(Señala hacia la mascarilla de Beethoven.)* Se vuelve uno loco al tratar de fijar estos rasgos. ¡Todo su ser se refleja ahora en su cara! ¡Yo lo adivinaba, yo lo presentía, y no supe recoger el tesoro! ¡Ve usted, ahora lo ha destacado la muerte! Ahora es todo claridad a su alrededor, toda pureza en su cara, Lachmann, y yo revoloteo con esta luz, como una negra mariposa ebria... ¡Oiga usted, se siente uno tan pequeño! ¡Durante toda la vida fui su maestro de escuela! ¡He maltratado al joven, y he aquí que ahora se ha elevado a la sublimidad...! ¡He ahogado esta planta! ¡Acaso le he eclipsado su sol! ¡Se ha podrido a mi sombra! Pero vea usted, Lachmann, no quería nada conmigo..., a pesar de no tener acaso ningún amigo... Yo, Lachmann, no pude ser su amigo... Cuando me visitó la muchacha intenté... todo lo posible... Pero en él venció el mal, y cuando el mal vencía

en él... sentía alivio en hacerme daño... ¿Remordimientos...? ¡No los conozco! ¡Pero estoy aniquilado! ¡Empequeñecido ante él! ¡Elevo la vista hacia este joven, como si fuese uno de mis antepasados!

Liese Bausch se acerca conducida por Micaela. Coloca una corona a los pies de Arnoldo. Kramer la mira de frente.

LIESE BAUSCH

Señor Kramer..., soy... soy... muy desgraciada...; las gentes me señalan con el dedo... *(Pausa.)*

KRAMER

(Hablando, a medias, consigo mismo.) ¿Dónde está la muerte? ¡Quien la ha sentido y vive, no lo olvida jamás, y cree tocarla siempre...! ¡Vuelva usted tranquilo a su casa! ¡La paz se ha hecho entre él y nosotros!

Micaela sale con Liese Bausch.

KRAMER

(Sumido en la contemplación del muerto y de

las luces.) ¡Las luces! ¡Las luces! ¡Qué misterio! !Cuántas luces he encendido! ¡Cuántas vi ya, Lachmann! ¡Pero, oiga usted..., estas son otras luces! ¿Tiene usted miedo, Lachmann?

LACHMANN

¡No! ¿De qué?

KRAMER

(Levantándose.) Hay gentes medrosas. Pero yo soy de opinión que no debe tenerse miedo de nada. El amor, se dice, es más fuerte que la muerte... Pero invirtamos esta sentencia, Lachman... Tan dulce como el amor es la muerte, Lachmann... Oiga usted, a la muerte se le ha calumniado... ¡Este es el mayor engaño del mundo! ¡La muerte es la forma más suave de la vida: es la obra maestra del amor! *(Abre la ventana grande del estudio, a través de la cual viene ruido de campanas.)* ¡La vida grande, no son más que escalofríos febriles! ¡Tan pronto se siente frío como calor...! ¡Lo mismo hicisteis con el hijo de Dios...!

¡Lo hicisteis hace siglos! ¡Y así como murió entonces, así muere hoy...! ¿No oye usted cómo hablan las campanas? ¡Lo pregonan por las calles! ¡Pregonan la historia mía y la de mi hijo! ¡Y letra por letra, puede comprenderse que ninguno de los dos fuimos unos perdidos! ¡Hoy adornó! ¡Hoy fué el día! ¡La campana es más que la iglesia, Lachmann! ¡La llamada a la mesa es más que el pan! *(Se fija en la mascarilla de Beethoven. La coge y sigue hablando.)* ¿Hacia dónde vamos? ¿En dónde arribaremos? ¿Por qué navegamos a veces hacia lo desconocido? ¡Míseros de nosotros, perdidos en la incertidumbre! ¡Como si supiéramos adónde vamos! ¡Así fuiste tú! ¿Y qué sabrás tú? ¡Nada vale las fiestas terrenales! ¡El cielo de los curas nada vale! No es esto, ni aquello; ¿pero qué es? *(Alzando al cielo las manos.)* ¿Qué será al fin?

TELÓN

FIN

BIBLIOTECA PORVENIR

Últimos tomos publicados.

I.—ANDRÉS REVESZ: *Bela Kun y el comunismo húngaro.* 2 pesetas.
II.—LENIN: *Democracia burguesa y democracia proletaria.* 3 pesetas.
III.—NICOLÁS BUJARIN: *El programa de los bolcheviques.* 3,50 pesetas.
IV.—KURT EISNER: *La revolución alemana.* 2,75 pesetas.
V.—RADEK, TROTSKY, ZINOVIEF, LENIN, MÁXIMO GORKY, LUNACHARSKY, KOLONTAL, CHICHERIN, BUJARIN Y NIKOLSKY: *El bolchevismo y la dictadura del proletariado.* 4 pesetas.
VI.—NICOLÁS BUJARIN: *El programa de los bolcheviques* (segunda edición) 4 pesetas.
VII.—PAULETTE PAX: *Diario de una comedianta francesa bajo el terror bolchevista.* 3,15 pesetas.
VIII.—LENIN: *La Tercera Internacional.* 3,30 pesetas.
IX.—JOSÉ INGENIEROS: *Los tiempos nuevos.* (Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución.)—3,95 pesetas.
X.—VIRGINIO GAYDA: *La convulsión rusa.* (Del zarismo al bolchevismo.) El antiguo régimen.—Traducción española de R. Gallego Díaz, Doctor en Derecho.—4,80 pesetas.

BIBLIOTECA «LA NOVELA PARA TODOS»

Se han publicado.

I.—LEÓN TOLSTOI: *El anacoreta y el diablo.* (Novela póstuma.)—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,95 pesetas.
II.—LEÓN TOLSTOI: *Caudillo Tártaro.* (Novela póstuma.)—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—4 pesetas.
III.—JACINTO GRAU: *La redención de Judas.*—2,95 pesetas.
IV.—MÁXIMO GORKI: *El maleficio de la hembra* o *La sensualidad decadente* (Novela.)—Versión castellana y notas de R. Cansinos-Assens.—3,70 pesetas.
V.—ALFREDO DE VIGNY: *Stello.* (Novela de los tiempos de la Revolución Francesa.)—Versión castellana de César A. Comet.—4 pesetas.
VI.—GERARDO NERVAL: *La mano embrujada. Aurelia.* (Novelas.)—Traducción de Emilio Carrére.—3,20 pesetas.
VII.—FEDOR DOSTOIEVSKI: *Nietotchka-Nervanova.* (Novela).—Versión castellana de César A. Comet.—4,70 pesetas.
IX.—EDUARDO ROD: *El Silencio.* (Novela.)—Versión castellana de César A. Comet.—3,70 pesetas.
X.—KNUT HAMMSUN: *El redactor Lynge.* (Novela.)—Traducción de Manuel Pedroso.—4 pesetas.